



LA AMENIDAD

BOLETIN SEMANAL DE ILUSTRACION Y RECREO

KERABAN EL TESTARUDO

por

JULIO VERNE.

Yarhud, arrojándose sobre ella, la cogió con tanta fuerza y de tal manera, que se vió en la imposibilidad de resistirle.

— ¡Á mí! ¡Á mí! — pudo exclamationar la desgraciada jóven.

Sus gritos fueron ahogados; pero habian sido oídos por Nedjeb, que venía á buscar á su señora.

Apénas la jóven zingara hubo franqueado la puerta de la galería, dos marineros se arrojaron sobre ella, impidiéndola ningun movimiento ni ningun grito.

— ¡Á bordo! — dijo Yarhud.

Las dos jóvenes fueron depositadas en la embarcación, la que al momento desatracaó para alcanzar á la *Guidare*. Ésta no tenia que hacer sino levar el ancla é izar sus velas para aparejar.

Así se hizo, en el momento en que Amasia y Nedjeb fueron encerradas á bordo, en un gabinete de pépa, sin poder hacer nada, ni hacer oír sus gritos.

Sin embargo, la embarcación, habiendo cogido

buen viento, se inclinaba sobre sus grandes entenas, queriendo salir de la pequeña ensenada que rodeaba los muros de la posesion del banquero.

Pero por rápido que se hubiese verificado el rapto, habia llamado la atencion de algunos criados, ocupados en los jardines.

Uno de ellos habia oído gritar á Amasia, y en seguida esparció la alarma.

En aquel momento, el banquero Selim entraba en su habitacion. Fué puesto al corriente de lo que acababa de pasar, y con la angustia que es de suponer buscó á su hija.... Pero ésta habia desaparecido.

Sin embargo, al ver á la embarcación maniobrar para doblar la extremidad Sur de la pequeña ensenada, Selim comprendió todo.

Corrió á través de los jardines, hácia un pico por donde debía pasar bastante cerca la *Guidare*, con el fin de evitar las últimas rocas del litoral.

— ¡Miscrables! — gritaba. — ¡Robáis á mi hija!

¡mi hija! ¡Amasia! ¡Deteneos!.... ¡deteneos!....

Un tiro, que partió del puente de la *Guidare*, fué la única respuesta que obtuvo.

Selim cayó herido por una bala.

Un instante despues, la *Guidare*, á toda vela, y ayudada por la fresca brisa de la noche, había desaparecido al Este de la habitación.

XII.

EN EL QUE VAN MITTEN CUENTA UNA HISTORIA DE TULIPANES QUE TAL VEZ INTERESE AL LECTOR.

El carruaje, atrastrado por caballos de refresco, había abandonado á Odessa hácia la una de la tarde. El señor Keraban ocupaba el lado izquierdo del coje.



—¡ Á bordo! — dijo Yachud.

Van Mitten el derecho y Ahmet el centro. Bruno y Nizib se habían subido al cabriolé, donde pasaban el tiempo en dormir, pues su conversacion se reducía á alguna que otra palabra.

Un sol bastante vivo alegraba la campiña, y las agnas del mar se destacaban en azul oscuro sobre las parduzcas rocas del litoral.

Los viajeros del cupé comenzaron á poco rato por estar tan silenciosos como los del cabriolé, pues si estos últimos empleaban su tiempo en dormir, los primeros se habían entregado por completo á la reflexion.

El señor Keraban se abstraía por completo en sus

sueños de testarudo, y no pensaba más que en la caras que pondrian á su vuelta las autoridades otomanas.

Van Mitten pensaba en aquel imprevisto viaje, y no dejaba de preguntarse, por qué él, ciudadano de las provincias batavias, se había lanzado á los caminos del litoral del mar Negro, cuando podia estar tranquilamente en el barrio de Pera, en Constantínopla.

Ahmet había resueltamente tomado su partido respecto á aquel inesperado viaje. Estaba decidido á no economizar la bolsa de su tío, en el caso en que fuera preciso evitar una tardanza cualquiera ó fran-

quear un imprevisto obstáculo, á fuerza de plata. Irian por el camino más corto; pero así y todo procuraría hacerlo ménos largo.

El jóven daba vueltas en su imaginación á todos esos proyectos, cuando, al volver el pequeño cabo, apercibió en el fondo de la bahía la posesión del banquero Selim. Sus ojos se fijaron en aquel punto

(tal vez en el momento en que la vista de Amasia se dirigia hácia allí) y es probable que sus miradas se cruzáran sin haber podido verse.

Después, dirigiéndose á su tío, Ahmet, resuelto á tocar una cuestión de las más delicadas, le preguntó si habia establecido minuciosamente todos los detalles del itinerario.



Selim cayó herido por una bala.

—Sí, sobrino—respondió Keraban.—Seguimos, sin abandonarle jamás, el camino que rodea al litoral.

—¿Y en este momento nos dirigimos á....

—Á Koblewo, á doce leguas de Odessa, y cuento con llegar esta noche.

—¿Y una vez en Koblewo?—preguntó Ahmet....

—Viajaremos toda la noche, con el fin de llegar á Nikolaief mañana al mediodía, después de haber salvado las diez y ocho leguas que separan esta ciudad de la pequeña villa.

—Muy bien, tío Keraban; se trata de ir muy de prisa, y en efecto.... Pero una vez en Nikolaief, ¿no

pensaréis en llegar en algunos días solamente á los distritos del Cáucaso?

—¿Y cómo?

—Usando los caminos de hierro de la Rusia meridional, que, por Alexandroff y Rostow, nos permitirán efectuar un buen trozo de nuestro viaje.

—¡Los caminos de hierro!—exclamó Keraban.

En aquel momento, Van Mitten tocó ligeramente con el codo á su jóven compañero, y le dijo en voz baja:

—¡Inútil, discusión inútil!.... ¡Horror á los caminos de hierro!

Ahmet sabía las ideas de su tío respecto á aquellos

medios de locomoción, tan modernos para uno de los fieles de los antiguos turcos; pero en aquellas circunstancias le parecía que el señor Keraban podría, por una sola vez, desistir de sus deplorables preven- ciones.

—Pero ceder, siquiera fuese un solo instante, en una cuestión cualquiera!.... Keraban ya no hubiese sido Keraban.

—¿Creo que estás hablando de caminos de hierro?.....—dijo.

—Sin duda, tío.

—¿Quieres que yo, Keraban, consienta en hacer lo que no he hecho todavía?

—Me parece que....

—¿Quieres que yo, Keraban, me haga estúpida- mente transportar por una máquina de vapor?

—Cuando vos sepala....

—Ahmet, es evidente que no has reflexionado en lo que has tenido el valor de proponerme.

—¿Pero, tío!....

—Digo que no reflexionas, puesto que te permi- tes formular esa proposición.

—Os aseguro, tío, que en los wagones....

—¿Wagones?.....—dijo Keraban repitiendo aque- lla palabra de procedencia extranjera con una entonación difícil de explicar.

—Si.... los wagones que se arrastran sobre los car- riles....

—¿Carriles?.....—dijo Keraban.—¿Qué son esas horribles palabras, y en qué lenguaje hablamos?

—El lenguaje de los viajeros modernos.

—¿Di, sobrino mío—respondió el testarudo Ke- raban animándose más;—¿acaso tengo yo algo de viajero moderno que consienta alguna vez en subir á un wagon, haciéndome arrastrar por una máquina? ¿Tengo yo necesidad de deslizarme sobre carriles, pudiendo rodar mi carruaje por un camino cual- quiera?

—Cuando se tiene prisa, tío....

—Ahmet, obsérvame mejor y no hables de eso: si no hubiera carruajes, iría en carreta; y si no hubiera carretas, iría á caballo; si no hubiera caballos, iría en asno, y de no haber asnos iría á pie; y si no, de rodillas; y si no, iría....

—¡Amigo Keraban, deteneos, por Dios!—excla- mó Van Mitten.

—¡Iria sobre el vientre!—replicó el señor Ken- ban.—¡Si, sobre el vientre!

Y cogiendo por los brazos á Ahmet, le dijo:

—¿Has oído tú alguna vez decir que Mahoma tomase el camino de hierro para ir á la Meca?

Á este último argumento, no había evidentemente nada que responder. Así es que Ahmet, que hubiera podido replicar, que, si hubiese habido entonces ca- minos de hierro, Mahoma los hubiera preferido, se tuvo que callar, mientras que el señor Keraban conti- nuaba refunfuñando en su rincón, desnaturalizando á su gusto todas las palabras de la jerga ferro-carrilana.

Sin embargo, si el carruaje no pretendía luchar en rapidez con un exprés, por lo ménos marchaba bien. El tiro, sobre un piso bastante bueno, marchaba al trote largo, y no había por qué quejarse. Los cabu-

llos no faltaban en los relevos. Ahmet, que se había encargado de todos los gastos (su tío había volunta- riamente consentido), pagaba los ajustes y daba propina á los postillones con una generosidad imper- rial. Los billetes salían de en bolsillo, y podía decirse que era un caballero sembrando rublos á su paso.

Tan de prisa se hizo marchar el vehículo, que el mismo día el carruaje, rodeando el litoral, pasó por los pueblos de Schumirka, Alexandrowka, y hacia el anochecer llegó á Koblewo.

Desde allí, durante la noche, subiendo hacia el in- terior de la provincia, y haciendo por atravesar el Bug, á la altura de Nikoláief, á través del gobierno de Kherson, los viajeros llegaron fácilmente á aque- lla ciudad, hacia el mediodía del 28 de Agosto.

Tres horas se detuvo el carruaje delante de un re- gular hotel, donde les sirvieron una no ménos regu- lar comida, á la que Bruno hizo honor. Ahmet apre- vechó aquella parada para escribir al banquero Selim, diciéndole que el viaje se hacía en condiciones acep- tables, añadiendo muchos recuerdos para Amalia. El señor Keraban no creyó pasar mejor aquellas horas, sino prolongando los postres entre las suaves absor- ciones del wokka, y las olorosas aspiraciones de su narghilé.

En cuanto á Van Mitten, de acuerdo con Bruno en que era necesario que aquel singular viaje les sirviese de instrucción, fueron á visitar la ciudad de Nike- láief, cuya prosperidad augenta visiblemente á expensas de su rival Kerson, amenazando en sustituir su nombre por el de ésta en la apelación geográfica del Gobierno.

Ahmet fué el primero que dió la órden de partir.

El holandés no se hizo esperar. El señor Keraban dió la última fumada de su narghilé en el momento en que el postillon montaba, y el carruaje volvió á tomar el camino que desciende hacia Kerson.

Había que recorrer diez y siete leguas de un país poco fértil. Á un lado y otro del camino se veían algunas moreras y no pocos álamos y sauces. En la aproximaciones del Dnieper, cuyo curso, de cerca de cuatrocientas leguas, termina en Kerson, se extien- den largas filas de cañaverales que parecen salpicados de grajos; pero, asustados, volaban al ruido del carruaje; eran azules, y su gorjeo desagradaba tanto á los oídos como agradaban á la vista sus res- plandecientes colores.

El 29 de Agosto, al despuntar el alba, el señor Ke- raban y sus compañeros, despues de una noche sin incidentes, llegaban á Kerson, cabeza de partido del Gobierno, cuya fundación es debida á Potenskin. Los viajeros no pudieron sino felicitarse de aquella crea- ción del favorito de Catalina II. Allí, en efecto, encontraron un buen hotel, en el cual se detuvieron algunas horas, y almacenes suficientemente abaste- cidos para provisionar las reservas comestibles del carruaje (en lo que Bruno, más resuelto que Niálh, se desquitó maravillosamente).

Algunas horas más tarde llegaban al importante pueblo de Aleski y se dirigían, descendiendo hacia el istmo de Pérékop, que se une á la Crimea en el litoral de la Rusia Meridional.

Ahmet no había olvidado en dirigir á Odessa una carta desde el pueblo de Alesokó. Cuando tomaron sus respectivos sitios en el carruaje, éste se lanzó directamente por el camino de Perékop, y el señor Keraban preguntó á su sobrino si había tenido la atención de mandar sus mejores *allahs*, al mismo tiempo que los suyos, á su amigo Selim.

—Sin duda no lo he olvidado, tío—respondió Ahmet—y he añadido que hacíamos todas las diligencias posibles para llegar á Scutari lo más pronto posible.

—Has hecho muy bien, sobrino, y es necesario no olvidar darle noticias nuestras siempre que tengamos una administración de correos á nuestra disposición.



Los caballos no faltaban en los relevos.

—Desgraciadamente, como no sabemos de antemano dónde nos detendremos—dijo Ahmet—nuestras cartas quedarán siempre sin respuesta.

—En efecto—añadió Van Mitten.

—Pero, á propósito—dijo Keraban dirigiéndose á su amigo de Rotterdam:—me parece que no os apresuráis á escribir á la señora Van Mitten. ¿Qué pensará esa excelente señora de vuestro olvido hacia ella?

—¿La señora Van Mitten?...—respondió el Holandés.

—Sí.

—La señora Van Mitten es de fijo una perfecta

señora. Como mujer no he tenido todavía una sola queja que dirigirla, pero como compañera de mi vida.... Pero, amigo Keraban, ¿por qué hablamos de la señora Van Mitten?

—¿Cómo que por qué? Pues porque recuerdo que era una excelente señora.

—¡Ah!—dijo Van Mitten, como si le dijese una cosa nueva para él.

—¿No te he hablado de ella en los mejores términos, sobrino Ahmet, cuando volví de Rotterdam?

—Verdad, tío.

—Y durante mi viaje, ¿no he estado particularmente encantado de la acogida que me hizo?

—¡Ah!—repitió Van Mitten.

—Sin embargo—repuso Keraban—convengo en que también tenía algunas singulares ideas, caprichos.... vapores.... Pero eso es inherente al carácter de las mujeres, y si no se las tolera esas nimiedades, más vale no casarse nunca. Precisamente es lo que yo hago.

—Y haceis bien—respondió Van Mitten.

—¿La gustan los tulipanes apasionadamente como verdadera holandesa?—preguntó Keraban.

—Apasionadamente.

—¡Vamos, Van Mitten, hablémos con franqueza! ¿Os encuentro algo frío hacia vuestra mujer?

—¡Frío sería una expresión muy caliente para lo que yo experimento hacia ella!

—¿Qué decís?...—exclamó Keraban.

—Digo—respondió el holandés—que yo no me hubiera burlado jamás de la señora Van Mitten; pero, puesto que me habláis de ella, y la ocasión se presenta, os voy á hacer una confesión.

—¿Una confesión?

—¡Sí, amigo Keraban! La señora Van Mitten y yo estamos en la actualidad separados.

—¿Separados—exclamó Keraban—de comun acuerdo?

—¡De comun acuerdo!

—¿Y para siempre?

—¡Para siempre!

—Contadme eso, á no ser que la emoción...

—¿La emoción?—respondió el holandés;—¿y por qué queréis que tenga yo emoción?

—¡Vamos, hablad, hablad, Van Mitten!—repuso Keraban. En mi calidad de turco me gustan las historias, y como soltero me gustan las historias matrimoniales.

—Pues bien, amigo Keraban—repuso el holandés con el tono del que cuenta las aventuras de otro;—desde hace algunos años la vida era intolerable entre la señora Van Mitten y yo. Discusiones incansables sobre todas las cosas, á la hora de levantarse, al acostarse, al desayuno; sobre lo que se comería, sobre lo que no se comería; sobre lo que se bebería y no se bebería; sobre el tiempo que hacía, el que iba á hacer y el que había hecho; sobre si los muebles se colocarían aquí ó se colocarían allí; sobre el fuego que era necesario encender en una habitación más que en otra; sobre si convenía abrir la ventana y convenía cerrar la puerta; sobre las plantas que se sembrarían en el jardín ó las que se arrancarían; en fin....

—¡En fin, eso marchaba bien!—dijo Keraban.

—Como veis, y áun así iba empeorando; en el fondo soy de un temperamento dulce y de temperamento dócil, y yo cedía, sobre todo, por no armar cuestión.

—¡Era lo más acertado!—dijo Ahmet.

—Era, por el contrario, lo ménos acertado—respondió Keraban, dispuesto á sostener una discusión sobre aquel motivo.

—Yo no sé nada—respondió el holandés;—pero, fuera como fuese, el caso es que en nuestra última disputa quise resistir.... ¡He resistido, sí, he resistido como un verdadero Keraban!

—¡Por Allah! ¡Eso no es posible!—exclamó el tío de Ahmet, que se conocía muy bien.

—¡Más que un Keraban!—añadió Van Mitten.

—¡Mahoma me proteja!—respondió Keraban.

—¡Pretender que sois más testaturado que yo!...

—¡Es evidentemente poco probable!—respondió Ahmet con un acento de convicción tal, que llegó hasta el corazón de su tío.

—Vais á verlo—respondió tranquilamente Van Mitten—y....

—No veremos nada—exclamó Keraban.

—¿Queréis oírme hasta el final? Fué á propósito de los tulipanes la discusión que se entabló entre la señora Van Mitten y yo, de esos bellos tulipanes que cuentan con un número infinito de admiradores, de los llamados *Gemers*, que suben derechos por el tronco, y de los que hay más de cien variedades especies. ¡No me costaba ménos de mil florines la cebolla!....

—¡Ocho mil piastras!—dijo Keraban, habituado á contar en moneda turca.

—¡Sí, cerca de ocho mil piastras!—respondió el holandés.—¡Pues hé aquí que la señora Van Mitten se obstina un día en arrancar un tulipan de Valencia para sustituirle por un girasol! ¡Aquello pasaba ya de los límites! Yo me opongo.... ¡Ella se empeña.... ¡Quiero detenerle.... y se escapa!.... Se precipita sobre el de Valencia.... Le arranca....

—Coste, ¡ocho mil piastras!—dijo Keraban.

—¡Entonces me arrojo sobre su girasol, y le rompo!

—Coste, ¡diez y seis mil piastras!—dijo Keraban.

—Ella se lanza sobre un segundo tulipan....—dijo Van Mitten.

—Coste, ¡veinticuatro mil piastras!—respondió Keraban, como si estuviese pasando las cuentas de su libro de caja.

—¡Yo la rompí otro girasol!....

—Coste, treinta y dos mil piastras.

—Y entonces la batalla estalla—repuso Van Mitten.—La señora Van Mitten no es dueña de sus actos. Y recibo dos magníficas cebollas; de las más grandes, en la cabeza....

—Coste, ¡cuarenta mil piastras!

—¡Ella recibe otros tres en pleno pecho!....

—Coste, ¡sesenta mil piastras!

—¡Era una verdadera lluvia de cebollas de tulipanes, como no se ha visto jamás! ¡Aquello duró media hora! ¡Todo el jardín se había estropeado!.... Y después del jardín el invernadero!.... ¡No quedaba nada de mi colección!

—Y finalmente, ¿os ha costado?...—preguntó Keraban.

—Cerca de veinticinco mil florines.

(Se continuará.)

EL TIGRE BLANCO.

NOVELA ESCRITA EN FRANCES

POE

LUIS BOUSSENARD.

—¡Ah! St. Benedicto se ha perdido. Ha cruzado la ensenada en la barca, y ahora estará con el diablo.

—¿En ese caso, fuego á la balsa!

—¿Qué lástima! Yo no he aborrecido nunca á Robin, que era un hombre muy amable y complaciente.

—Es cierto. ¡Pobre diablo! Le harémos pedazos para que se le coman los aïmaras.

—¿Fuego!

Simultáneamente brillaron tres surcos de pálida luz, sonando otras tantas detonaciones que hicieron huir volando á una tribu de papagayos.

—¡Somos unas bestias! Estamos malgastando los cartuchos cuando hay un medio excelente para apoderarse de la balsa.

—¿Cuál es?

—Muy sencillo. La barca de que se ha valido Benedicto para cruzar la caleta está amarrada al otro lado. Voy á echarme al agua, cogeré el bejuco que une las dos orillas y sirve para hacer pasar la embarcacion, atravesaré el río, volveré para conducirlos y en seguida continuaremos nuestra caza.

—Y la terminaremos con provecho.

Lo que se dijo se hizo en el acto, y bogando los tres hombres con furor, bajaron por el Balét para entrar en el Maroní.

Robin permaneció impasible oyendo toda la conversacion. Decididamente le era la suerte favorable. No bien hubo desaparecido la pérgana, cogió á su vez el bejuco, le cortó de un machetazo, y se lanzó al agua llevando el arma en la mano.

La amarra vegetal á cuyo extremo flotaba, describió, á impulsos de la corriente, un cuarto de círculo cuyo centro era el punto de sujecion situado en la opuesta orilla. Este movimiento fué verificado sin ruido, sin fatiga, y sobre todo, sin alterar la superficie del agua.

Diez minutos despues, el fugitivo estaba al otro lado. Sin incurrir en la falta de sus perseguidores que habian dejado intacto aquel medio de comunicacion, cortó el bejuco que se hundió en seguida.

—¡Ah!—dijo—es Benedicto quien me persigue y va delante. Muy bien. Hasta ahora he ido yo detras de los cazadores y la maniobra me ha producido buen resultado. Continuemos.

Sin dejar de andar, sacó de su caja de hoja de lata

una galleta, y la masculló rociándola con un trago de ron; reanimado con aquella comida, digna de un espartano, aceleró la marcha.

Corrian las horas, y la luna habia verificado su carrera. No tardaria el sol en desplegar sus dorados cabellos, y el bosque comenzaba á despertarse.

Al plañidero arrullo de los *tocros*, al gangueo monótono de los *agamis* y á la risa estridente del *burton*, se mezclaron de pronto los breves y secos ladridos de un perro que vuelve á encontrar el rastro.

—Es un indio que caza ó el vigilante—pensó Robin.—Mal encuentro. El *Piel-Roja* querrá ganar el premio. ¡En cuanto al vigilante!....

—¡Bah, estaba previsto!

Lo intrincado del bosque aclaraba rápidamente. Los árboles, cada vez más altos, pero más escasos, pertenecian á las familias que prefieren la proximidad á los lugares húmedos. Los *pinots*, cuya presencia señala los pantanos secos, elevaban majestuosamente su penacho de color verde claro.

Quando Robin iba á salir al descampado, amaneció bruscamente, y no tuvo tiempo más que para ocultarse detras de un cedro enorme á fin de no ser sorprendido por aquella inopinada invasion de aire y de luz.

Se acercaban los ladridos. El fugitivo asíó con fuerza su chuzo y esperó.

Al cabo de un minuto, y con la celeridad del rayo pasó por su lado un gracioso animal del tamaño de un corzo y de pelo color de canela.

Era un *kariaku*, el gamo de la Guayana.

En el mismo instante, y á unos veinte metros del sitio en que estaba Robin, se oyó un ruido como de una cosa formidable que se desplomaba desde la rama principal de un *boco*, cayendo diez segundos despues sobre el *kariaku*, el cual desapareció al punto.

Era un enorme jaguar, que al oír el ladrido del perro se puso á la espera de la caza para apoderarse de ella.

El hombre no lanzó ni un grito, no manifestó el menor indicio de emocion y permaneció inmóvil. Al verle, la fiera hizo un movimiento para retroceder, pero como llevaba la irresistible velocidad de un proyectil, no pudo contener el ímpetu.

Sorprendida, por otra parte, al aspecto de Robin é

intimidada por su actitud resuelta, dió un segundo salto, pasando á tres metros por encima de su cabeza, y asiendo con las garras el tronco en que estaba apoyado, se tendió en una rama, con la mirada centelleante, el bigote erizado, el hocico recogido y gruñendo sordamente.

Con los ojos fijos en los del terrible felino, el cluzo en la mano y los músculos extendidos, aguardaba el hombre la acometida de la fiera. Súbito ruido de ramas que se rompían le hizo volver la cabeza, distinguiendo á cinco pasos el cañon de un fusil que le apuntaba..... Al mismo tiempo una voz airada le dirigía esta brutal intimación:

—¡Date ó mueres!

Una sonrisa desdeñosa asomó á sus labios al reconocer á Benedicto, el capataz de los vigilantes. La jactancia del sotacómitre empleando fórmulas trancuchadas de melodrama, le pareció completamente bafa, sobre todo en presencia del felino, cuyos dientes arañan y cuyas garras destrozaban, como si fuera delgado papel, la durísima corteza del árbol.

Dirigió sus ojos hácia los del jaguar, como hace un domador cuyos movimientos están calculados, para evitar los sobresaltos precursores de una catástrofe.

El animal, con los párpados entornados y la pupila contraída en forma de I, experimentaba una especie de influencia magnética.

El vigilante, cuyas manos sujetaban fuertemente su fusil, en la postura de un Guillermo Tell, de estampa iluminada, estaba gratesco.

—¡Ea, canalla!.... ¿No respondes?

Se oyó uno de esos maullidos familiares á los tigres, y que al pasar por sus ardientes gargantas se transforman en rugidos espantosos,

—¡Ah!—dijo más sorprendido que asustado.—Dos contra uno. Al que más importa.....

Benedicto era valiente, y además, ¿qué hombre bien armado y diestro en el manejo del fusil podría vacilar un solo instante y en aquellas circunstancias?

Apuntó friamente al jaguar é hizo fuego. La carga, compuesta de postas, rozó la cabeza del animal, le dió en la espalda, y luego, deslizándose por su manchada piel la agujereó, trazando surcos sangrientos.

La herida era peligrosa, quizá mortal, pero insuficiente para dejar en el sitio.

No tardó el vigilante en adquirir este convencimiento. No bien hubo sonado la detonación, arrojóse el animal, á pesar de su terrible herida, sobre el desgraciado cazador, dándole á impulsos del choque.

Benedicto sintió su carne desgarrada por las uñas del jaguar y le pareció que le arrancaban un trozo de aquella como con garfios de hierro. Miró y á algunos centímetros de su rostro vió unas enormes fauces erizadas de colmillos formidables.

Maquinalmente introdujo en ellas su fusil y las mandíbulas se cerraron con gran ruido sobre la caja, triturándola por la culata.

Comprendió que estaba perdido, pero no demandó auxilio. Después de todo, era inútil; y cerró los ojos

esperando el golpe mortal. Rápido como el pensamiento dió un salto Robin, cuya alma generosa conocía el odio.

Cogió con ambas manos la cola del jaguar, sujetándole una brusca sacudida y tan dolorosa, que el animal, más enfurecido que nunca, trató de abandonar su primera víctima á fin de lanzarse sobre aquel ser bastante atrevido para osar desafiarle con aquella audacia.

Pero tenía que habérselas con un enemigo temible. El fugitivo había abandonado su cluzo, y con la derecha blandía su machete. El arma manejada por un brazo de hierro cayó de lo alto y cortó á cercos el cuello de la fiera, tan grueso como el de un novillo y provisto de músculos enorres. Brotaron dos abundantes chorros de sangre en rápidas pulsaciones, saltando á dos metros de distancia y esparciéndose en roja y espumosa lluvia.

El vigilante yacía en el suelo con el muslo desgarrado, hasta el punto de descubiérsese el hueso. Su fusil, roto en dos pedazos, era tan inútil como un palo de escoba.

Los jadeantes restos de la fiera agitada por movimientos convulsivos le separaban del fugitivo.

Éste limpiaba tranquilamente en la hierba la ensangrentada hoja de su machete. Hubiérase creído que acababa de hacer una cosa sencillísima y que no tenía conciencia de la batalla que había ejecutado.

Hubo un instante de silencio interrumpido tan sólo por la voz aguda de *Poyot* que ladraba rabiosamente á respetuosa distancia.

—¡Ea! No te detengas..... Ha llegado mi vez—dijo por fin el vigilante.....—continúa la faena del otro.

Robin estaba con los brazos cruzados, inmóvil como una estatua de piedra, no respondía ni parecía oír lo que le decía Benedicto.

—Déjate de miramientos. Mátame y acabemos. Yo en tu lugar hubiera acabado hace mucho tiempo. Ni una palabra tuvo por contestación.

—¡Ah! Te gozas con tu triunfo. El otro ha hecho la mitad del trabajo. El tigre manchado ha sido el auxiliar del *tigre blanco*! (1).

—¡Caramba, me ha puesto..... en un..... buen estado..... No veó claro..... mi corazón late con violencia..... esto es hecho..... estoy..... perdido!

Corría la sangre en abundancia saliendo por la abierta herida; era muy fácil que Benedicto, habiendo perdido el conocimiento, sucumbiese por efecto de la hemorragia.

Robin, que al extrangular á la fiera había obedecido á un movimiento espontáneo, inspirado en parte por el instinto de conservación, olvidó los insultos y los golpes.

Ya no se acordó del infernal presilio, cuya ferocidad personificaba Benedicto. No más palos, no más blasfemias, no más chusma, no más emboscadas ni más persecuciones. Vió un hombre, y un hombre herido que iba á morir.

(1) Los negros Bush y los Banti, así como los Pictos Rojos, juegan con el nombre de *tigres* á los blancos forrados y fugitivos de origen europeo.

Carecía de los elementos necesarios para hacer una primera cura, pero su experiencia no tardó en proponérselos.

La sabana seca empezaba á algunos metros del sitio en que acababa de desarrollarse el drama. El deportado se dirigió á ella, separó las hierbas y excavó precipitadamente la espesa capa de *humus*, compuesta de residuos vegetales.

En pocos minutos tropezó con un yacimiento de arcilla gris y pegajosa, y haciendo una masa del tamaño de la cabeza, la condujo cerca del herido, que aun seguía desmayado. Quitó luego una de las mangas de su camisa, y recortándola en pequeños trozos, preparó unas hilas, que empapó en ron, colocándola sobre los labios de la herida previamente reunidos.

Tomó en seguida un poco de arcilla, amasándola entre sus manos, y la aplicó por capas sucesivas, envolviendo con ella el miembro como en un manguito. La sangre que pasaba á través del lienzo no pudo atravesar aquella cubierta impermeable.

Terminada la operacion rodeó Robin todo el apósito con grandes hojas frescas, sosteniéndolas sólidamente por medio de bejucos.

La herida, que abarcaba desde la rodilla hasta la cadera, estaba cerrada de primera intencion, y si no sobreviniera alguna fiebre traumática, Benedicto debía curar tan pronto como si le hubiese curado el más hábil cirujano.

Aquel trabajo, en el que Robin desplegó sin igual destreza, duró un cuarto de hora escaso. Poco despues empezaron á colorearse las pálidas mejillas de Benedicto.

Hizo un movimiento, respiró con fuerza, y murmuró en voz baja:

— ¡Tengo sed!

Bebida tomó una larga hoja de *caña*, la plegó en forma de cucharcho y corrió á llenarla en el hoyo de donde extrajo la arcilla, y el cual empezaba á llenarse de agua extraordinariamente limpia.

Levantó la cabeza del herido, que bebió con avidos, y abrió por último los ojos.

Sería imposible describir la expresion de asombro que se reflejó en su semblante cuando reconoció al presidiario. Pero su natural instinto no tardó en revelarse, y trató de ponerse en pié para defenderse ó á lo menos para atacar.

Estábase abatido por un dolor terrible y la vista del cadáver del jaguar acabó de volverlo á la realidad. ¡Oh! ¡Era Robin, el hombre á quien perseguía con ciega ira, y que despues de arrebatarle á las mortíferas garras del animal en un momento de sublime abnegacion, acababa de curar su herida y de apagar su sed!

Qualquier otro se hubiera inclinado ante un acto de humanidad como aquél, hubiera hablado de las exigencias del deber, de la consigna, y por último, habría tendido la mano á su salvador, diciéndole: «Gracias.»

Benedicto pronunció una blasfemia.

— ¡Ea! eres un majadero. Yo en tu lugar no hubiera hecho ni lo uno ni lo otro... ¡Crac! y luego buenas noches, se acabó Benedicto. Este sería un

medio excelente para hacerme pagar más estacazos, y ademas los réditos.

— ¡No! — dijo friamente el deportado. — La vida humana es sagrada.... Y ademas, ¿no hay algo mejor que la venganza?

— ¿Qué?

— ¡El perdón!

— No le conozco.... Despues de todo, no puedo decirte: «A cuenta de revancha», porque espero atraparle un día á otro.

— Como gustéis. He cumplido un sencilla deber de humanidad. Si alguna vez nos ponen frente á frente los azares de la vida, defenderé mi libertad. No os aconsejo que tratéis de arrebatarla. Una palabra. No os pido gratitud. Acordaos tan sólo de que si en el presidio hay hombres castigados por la ley, tambien los hay que son inocentes. Nunca abuséis de la fuerza con unos ni con otros. Esa ley que representais coloca en la imposibilidad de hacer daño, pero no martiriza. ¡Adios! Os perdono todo el mal que me habeis hecho.

— ¡Hasta la vista! Haces mal, Robin, dejándome con vida.

El fugitivo, sin volver la cabeza, desapareció en la espesura del bosque.

CAPÍTULO II.

Naturaleza admirable, pero estéril. — El hambre. — Once esquetes. — Los forzados envidiosos. — Lo que era el tigre blanco. — Una col de treinta kilogramos. — El primer piel roja. — Un enemigo más. — Ingratitud y traicion. — Vendido por un vaso de ron. — Siempre solo. — Caída terrible. — Frente á frente de un vigilante moribundo y de un jaguar descapitado. — La fiebre. — De cómo un concierto de monos chilleños pudiera llamarse una representación á beneficio. — Todavía el indio. — Siempre la raza del hombre. — La guardia del tigre blanco.

Robin caminó largo tiempo, pues nunca le parecía estar bastante lejos de sus verdugos. Por singular casualidad habia podido hasta entonces mantenerse en la linea que se proponia recorrer; su situacion era semejante á la de un hombre que se encuentra solo, sin viveres, sin brújula, navegando por el Océano en una débil barquilla y tratando de orientarse.

El bosque virgen, con su impenetrable bóveda de ramás, y con su tapiz inmenso de matorrales y de hierbas, no le ofrecia más puntos de mira que las movibles olas de la mar.

Habían trascurrido tres dias desde aquel en que verificó su evasion, y la distancia que habia recorrido era considerable, no pudiendo calcularse en ménos de cincuenta kilometros por la «estima», como dicen los marinos.

Doce leguas y media de bosque ecuatorial es la inmensidad. Por el momento nada tenía que temer el fugitivo de los hombres civilizados. Mas no por eso quedaba ménos expuesto á una terrible serie de peligros, cada uno de los cuales constituye una amenaza perpétua de muerte.

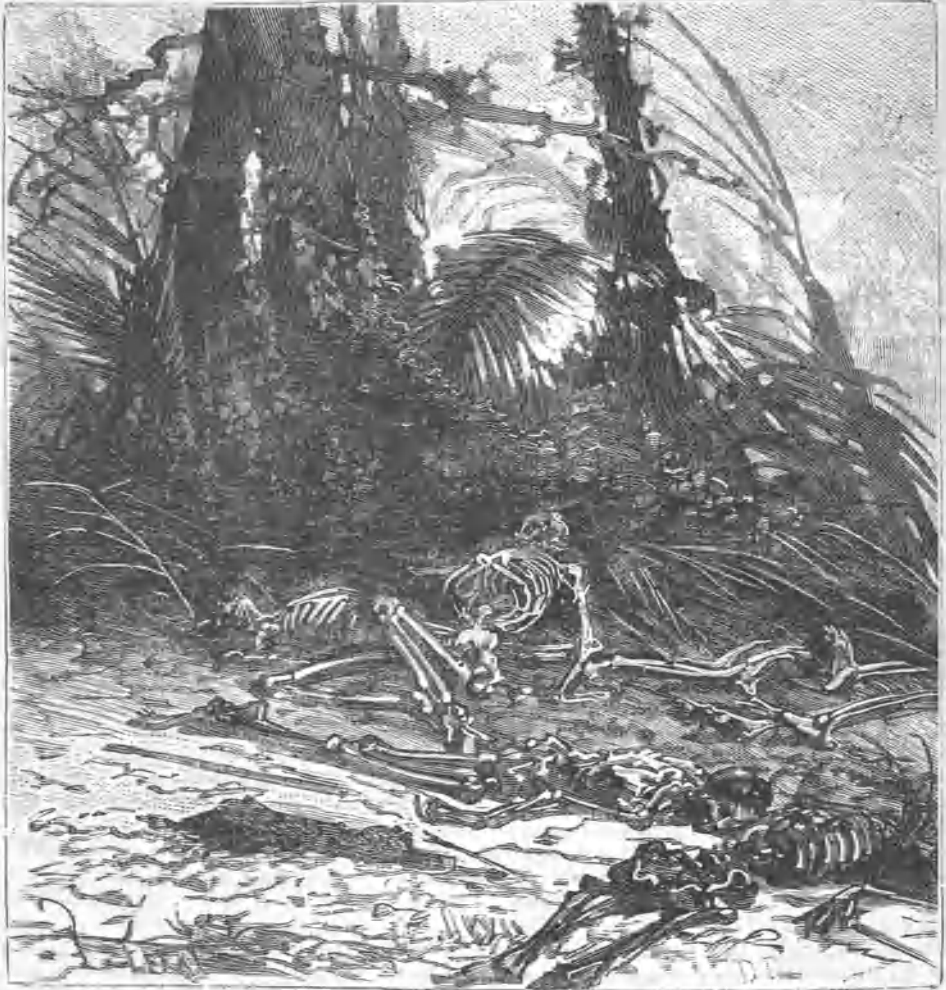
¡El hambre! El hambre, de la que no escapan los exploradores, los funcionarios que deben separarse de los centros, ni los colonos, sino mediante un gran repuesto de provisiones con gran paciencia acumuladas. El hambre, á cuyas angustias sucumben tam-

bien los negros y las pieles rojas, cuando no han sabido remir para la estación de las lluvias la cantidad de viveres necesaria á su subsistencia.

No se crea que aquellos árboles admirables, para cuyo desarrollo parece haber agotado la Naturaleza todas sus fuerzas creadoras, todos sus tesoro-

ros, sean capaces de suministrar al hombre el alimento.

No; aquellos soberbios vegetales no producen ni un fruto ni una baya. Ni el naranjo con sus esferas de oro, ni el cocotero con su nuez sabrosa, ni el banano con su racimo succulento, ni el manga con su



No dejaron más que los huesos.

carne fresca, aunque perfumada por la trementina, ni aun el árbol del pan, último recurso del viajero, crecen en estado salvaje en aquellos inacabables bosques.

Encuéntranse por todas partes en Guayana, pero solamente en las *allées*, cuando han sido importados y plantados por el hombre.

Léjos de las chozas, y fuera de un reducido perímetro, no puede el hombre apaciguar su sed ni saciar el hambre, de igual modo que si se hallase en las solitarias orillas del Oceano.

Peró, ¿y la caza?... ¿y la pesca? ¿Puede el hombre desarmado contar con la probabilidad de alcanzar una fiara ó coger un pescado?

El autor de estas líneas ha recorrido los bosques del Nuevo Mundo. Ha tenido hambre y sed en aquel verde desierto, donde se encuentra nuestro héroe. Perdido en aquella enmarañada confusión de ramos, troncos y bejuques, separado de los conductores de sus viveres, ha tenido uno de esos encuentros inolvidables que, despues de algunos meses pasados en medio de nuestra civilización europea, producen un

avía una angustia indescriptible, un estremecimiento de horror.

Cerca de una ensenada de aguas lípidas y frescas, once esqueletos, léase bien, *once esqueletos*... sacos y blancos, se encontraban debajo de una angélica de anchas *arrabas*.

Unos estaban echados de espaldas con los brazos en cruz y las piernas abiertas; otros retorcidos y convulsos; éstos con la cabeza medio hundida en el suelo, conservando entre los dientes la tierra que habían mordido; aquéllos, en fin, en cuclillas sobre sus piernas dobladas: sin duda eran árabes que habían aguardado la hora de la muerte con su estoica paciencia.

Ses meses ántes abandonaron once deportados el presidio de San Lorenzo. No se les volvió á ver jamás. Habían muerto de hambre.... ¡Luego pasaron las hojas de maníoc y no dejaron más que los huesos!

El comandante Federico Bouyer, uno de los oficiales más distinguidos de la marina francesa, notable escritor además, cita en su hermosa obra acerca de la Guayana (1) un hecho aun más horrible.

Algunos forzados que se evadieron fueron asesinados por sus compañeros, ocurriendo escenas de asquerosa antropofagia, que la pluma se resiste á describir.

Á tales pruebas someta al fugitivo su ardiente amor á la libertad. Una docena de galletas economizadas de la miserable ración del penado, algunas panes de maíz y varios granos de cacao formaban la provisión con que aquel hombre intrépido se proponía emprender la formidable jornada que le separaba del país de la independencia.

Ya había dado diferentes ataques á aquella caja de hojalata, lígubre moral de víveres reunidos á hurtadillas del almacén, pero que ponía al abrigo de la humedad y de los insectos su mozoquina despusa de indigente.

Aquellas volaciones de anacoreta, más bien que sustentar su organismo, habían evitado los desfallecimientos de su estómago. Sin embargo, tenía un hambre devoradora. Masticó algunos granos de café, bebió un sorbo de agua y se sentó en un tronco caído.

Por largo tiempo permaneció en aquella posición, fija la vista en un arroyuelo, mirando sin ver, y no oyendo más que el latamamiento de su sangre empobrecida y de su cabeza, presa del vértigo.

Trató de levantarse y de volver á caminar, mas no pudo conseguirlo, á pesar de sus esfuerzos. Sus piés, hinchados y llenos de heridas causadas por las espigas del *avara*, se negaban á sostenerle. Quitóse trabajosamente los zapatos que, no obstante al espesor de sus suelas, estaban atravesados por aquellas espigas, largas y duras como agujas de acero.

— Me parece — dijo sonriendo con amargura — que estos ligeros incidentes tienen una importancia con la que no había contado. ¿Se debilitará mi energía? ¿No será yo el mismo? ¿Acaso se habrá aniquilado mi alma por estos desfallecimientos de mi envoltura

(1) *La Guayana francesa*, por M. P. Bouyer, capitán de mar y guerra.

caral. ¡Ea! valor. Un hombre, aunque esté cansado, puede permanecer en reposo y ocho horas sin tomar alimento. Es preciso que en este tiempo haya cambiado mi situación. Lo quiero.

No podía continuar su marcha, teniendo los piés tan lastimados. Lo comprendió así y se instaló cómodamente sobre un tronco, dejando colgar las piernas y sumergiéndolas hasta los tobillos en el agua.

Robín frisaba en los treinta y cinco años, y era alto, bien formado, gallardo, de manos finas, adheridas á unos brazos atléticos. Su rostro varonil, rodeado por una barba oscura, con su nariz aguileña y sus ojos negros y penetrantes, tenía habitualmente una expresión grave, triste y casi severa. De su boca había desaparecido la sonrisa.

Era tal, sin embargo, la vitalidad de aquel hombre, que su ancha frente, ya sin cabellos en las sienes, verdadera frente de pensador y de sabio, no presentaba la menor arruga.

Pero sus facciones, enflaquecidas por los trabajos del presidio, y su rostro pálido, por la anemia, ofrecían, á pesar de la energía que respiraban, las huellas de espantosos sufrimientos.

Sufrimientos morales y físicos. Robín, oriundo de Borgoña, ingeniero distinguido, se hallaba en París, dirigiendo una importante manufactura, cuando ocurrió el golpe de Estado de Diciembre. Él fué uno de los que al tener noticia del atentado lanzaron aquel grito de angustia y de furor, cuya primera señal dió el inmortal autor de los *Castigos*.

Empuñó un fusil y cayó herido detrás de la barricada del Faubourg-du-Temple.

Recogido, curado y asistido por manos amigas, estuvo oculto durante mucho tiempo, y fué reducido á prisión cuando se dispuso á pasar la frontera. Se le instruyó la causa en pocos días; las comisiones mixtas añadieron á su lista un nombre, y el ingeniero Robín fué deportado á la Guayana.

Partió sin haber podido despedirse de su esposa, noble y digna criatura, que acababa de dar á luz su cuarto hijo, y que quedaba abandonada y sin recursos.

Tres años hacía que se hallaba mordiendo el freno en unión de sus repugnantes compañeros, recibiendo de tarde en tarde un pedazo de carta casi cubierta de fuchones y raspaduras, y cuyos principales párrafos habían sido quitados con un refinamiento de inaudita crueldad.

Por un raro fenómeno, admisible, sin embargo, había adquirido una extraordinaria influencia sobre sus co-deportados. Aquel aspecto de severidad, que jamás había reflejado la más ligera sonrisa, les imponía de igual modo que su fuerza colosal.

Además, era un político, y todos, hasta los altos dignatarios de aquel infierno que se llama presidio, y que han conquistado sus títulos con la punta del puñal, experimentaban una especie de malestar al conocer el motivo de su condena. Comprendían que estaba fuera de su sitio en su compañía, en la que causaba una mancha de limpieza.

Como detalle característico de aquella singular diferencia, dirémos que nadie le respetaba. Por otra parte

era bueno, como lo son los seres fuertes. Ya conducía a hombros á un presidiario atacado por la insolación en un tajo que distaba media legua, ya curaba las heridas de alguno de aquellos infelices. Un día sacó del Maroni un soldado que se ahogaba, y otra vez hizo lo mismo con un forzado. En cierta ocasión faltó poco para que matara de un puñetazo á uno de

esos tiranos de presidio, un facineroso inmundo que maltrataba á un desgraciado, presa de la fiebre.

Era respetado y temido á un mismo tiempo. Aquella gente comprendía que no era de su sociedad.

Siempre estaba solo y nunca hablaba con nadie.

Nadie se asombró al saber su evasión, y todos hicieron votos para que tuviera éxito. Después de todo,



La hoja de su arma tropezó con un cuerpo duro

era una jigarreta, cuya primera víctima sería el vigilante Benedicto, terror de aquellos bandidos....

Un baño prolongado en las frías aguas de la cascata proporcionó al fugitivo un bienestar inmediato. Se sacó pacientemente las espinas que tanto le hacían sufrir, frotó sus pies con la última gota de ron que guardaba con la economía de un avaro, bebió un trago de agua, y cuando se preparaba para buscar su comida, lanzó un grito de alegría al ver un simaruba.

— Ya no moriré hoy de hambre — dijo examinando el admirable vegetal.

El *quassia simaruba*, de Linneo, el *amara simaruba*, d'Aublet, se emplea en medicina por las propiedades tónicas de su corteza y de su raíz, pero no tiene frutos ni yemas comestibles.

(Se continuará.)

OBRA LAUREADA POR LA ACADEMIA FRANCESA.

SIN FAMILIA

POR HECTOR MALOT.

TRADUCCION DEL FRANCÉS POR ALFREDO GARCÍA LOPEZ.

Más de una vez, en nuestras largas marchas, retardé el paso para pensar libremente en Arturo, en su cuadro, en el *Cisne*, y para vivir con la idea en el pasado.

¡Ah! ¡qué hermoso tiempo! Cuando al llegar la noche, viéndome en el sucio cuarto de una posada de aldeas, pensaba en mi camarote del *Cisne*, ¡qué ásperezas me parecían las sabanas del lecho!

¡Ya no jugaría más con Arturo ni oíría la cariñosa voz de Mme. Milligan!

Felizmente, y en medio de mi pena, tenía un consuelo tan vivo como duradero: mi amo era mucho más dulce, mucho más afectuoso que nunca.

Bajo este punto de vista, se había efectuado un cambio importante en su carácter, ó por lo ménos en su manera de ser conmigo, y esto me daba fuerzas, impidiéndome llorar cuando el recuerdo de Arturo me apretaba el corazón. Conocía que no estaba solo en el mundo, y que en Vitalis había algo más y mejor que un amo.

Algunas veces le hubiera abrazado, si me hubiese atrevido; tal era mi deseo de desahogar los sentimientos de cariño que inundaban mi alma; pero nunca osé hacerlo, pues Vitalis no era un hombre con el cual se pudiera uno permitir ciertas familiaridades.

Durante los primeros meses que pasé en su compañía me mantuvo el temor á conveniente distancia; ahora producía el mismo efecto un vago sentimiento parecido al respeto.

Al salir del pueblo donde me crié no era Vitalis para mí más que un hombre como los demás, pues entonces no estaba yo en situación de distinguir las cosas y las personas; pero durante mi estancia al lado de Mme. Milligan se me habían abierto mucho los ojos de la inteligencia, y ¡cosa extraña! me parecía, cuando miraba atentamente á mi amo, que encontraba en él, en su aspecto y en sus maneras, alguna semejanza con las maneras y el aspecto de Mme. Milligan.

Más al punto me decía que esto era imposible, porque mi amo no era más que un exhibidor de animales salvajes, mientras que Mme. Milligan era una perfecta y distinguida dama.

Sin embargo, lo que me decía la reflexión no acallaba la elocuencia de lo que mis ojos observaban; cuando Vitalis quería, era tan caballero como madame Milligan era una señora. La única diferencia consistía en que Mme. Milligan era señora en todas oca-

siones, y mi amo no era caballero más que en ciertas circunstancias; pero entonces lo era de tal modo, que hubiera infundido respeto á los más atrevidos y á los más insolentes.

Como yo no era insolente ni atrevido, experimentaba aquella influencia, y nunca me arriesgué á dar rienda suelta á mis expansiones, aunque él las provocase con palabras afectuosas.

Desde nuestra salida de Cotte estuvimos muchos días sin hablar de Mme. Milligan y de mi estancia en el *Cisne*; pero poco á poco se fué presentando este asunto en nuestras conversaciones, siendo mi amo el primero que le abordaba, y al cabo de algun tiempo apenas pasó un día sin que pronunciasemos el nombre de Mme. Milligan.

—¿Querías mucho á esa señora?—me decía Vitalis; —lo comprendo; ha sido muy buena para ti; debemos pensar en ella con reconocimiento.

A veces, añadía:

—¡Fué preciso!

¿Qué fué preciso?

Al principio no pude saberlo; pero llegué á entender que se trataba de la negativa para aceptar la proposición de Mme. Milligan, que quería tenerme á su lado.

Seguramente pensaba en esto mi amo cuando decía: «¡Fué preciso!» y me pareció que aquellas palabras ocultaban un remordimiento. Él hubiera querido dejarme con Arturo, pero no pudo ser.

En lo íntimo de mi corazón le agradecía aquel remordimiento, aunque no adivinaba el motivo que le impulsó á no acceder al ruego de Mme. Milligan, pues nunca pude comprender las explicaciones que me dió la dama.

—Es posible que algun día acepte mis proposiciones.

Esto me hacía concebir esperanzas.

¡Si encontrásemos al *Cisne*!

El barco debía subir por el Rhóne y nosotros nos alejábamos de aquel río.

Mientras andaba, volvíanse mis ojos hacia la corriente en vez de mirar á las colinas y fértiles llanuras que se extendían á ambos lados de la misma.

Cuando llegáramos á una población, Arles, Tarascon, Avignon, Montélimar, Valence, Tournon, Vienne, mi primera visita era á las muelles; buscaba al *Cisne*, y cuando veía de lejos alguna embarcación medio oculta por la niebla, esperaba á que aumentase de tamaño para convencerme de que no era el *Cisne*.

Pero nunca le vi.

Algunas veces me arriesgué á preguntar á los marineros y les describí la forma del barco que buscaba; siempre me dijeron que no le habían visto.

En aquella ocasión, cuando mi amo estaba decidido á cedermé á Mme. Milligan, al ménos yo lo creía así, ya no tenía temor de que se hablase de mi nacimiento ni de que escribiesen á la tía Barberin. El asunto se ventilaría entre mi amo y Mme. Milligan; así arreglaba yo las cosas en mi infantil imaginación: Madame Milligan deseara tenerme á su lado, mi amo consentía en renunciar sus derechos sobre mí, y ya no había más que hablar.

Estuvimos en Lyon algunas semanas, y todo el tiempo de que pude disponer lo empleé en registrar los canales del Rhone y del Saona; conoza los puentes de Ainay, de Tilsitt, de la Guilloitière y del Hôtel-Dieu mejor que un lionés.

Pero por más que buscaba no podía encontrar al *Cisne*.

Dejamos á Lyon y nos pusimos en marcha hácia Dijon; entónces comencé á abandonar la esperanza de volver á encontrar á Mme. Milligan y á Arturo, pues en Lyon había estudiado todos los mapas de Francia que pude hallar en los puestos de libros viejos, y sabía que el canal del Centro, por el que debía navegar el *Cisne* para entrar en el *Loire*, se separa del Saona en Chalou.

Llegamos á este punto y salimos de él sin haber visto el *Cisne*; ya no había remedio, era inútil pensar en encontrarle.

Pero no renuncié á esta esperanza sin experimentar honda tristeza.

Y para que mi desesperación fuese mayor, y eso que ya era bastante grande, empezó á recrudecer el tiempo; avanzaba el otoño y el invierno venía á pasos agigantados; las marchas por el lodo y bajo la helada lluvia eran cada vez más penosas. Cuando por la noche llegábamos á una mala posada ó á una alquería, rendidos de cansancio, mojados hasta la camisa y cubiertos de lodo de pies á cabeza, nunca me acostaba adormecido por ideas agradables.

Después de salir de Dijon cruzamos las colinas de la Côte-d'Or, nos sorprendió un frío húmedo que nos helaba hasta la médula, y *Joli-Cœur* se puso más triste y más melancólico que yo.

Mi amo se proponía llegar á París lo más pronto posible, pues únicamente allí teníamos probabilidad de dar algunas representaciones durante el invierno; pero fuese porque el estado de su bolsillo no le permitiera tomar el camino de hierro, fuese por otra razón cualquiera, tuvimos que recorrer á pié la distancia que media entre París y Dijon.

Siempre que nos lo permitía el tiempo, dábamos una corta representación en las ciudades y en los pueblos por donde pasábamos, y después de reunir una ganancia insignificante, volvíamos á comprender la marcha.

Así continuaron las cosas hasta Chatillon, sufriendo siempre la lluvia y la humedad; pero no bien dejamos aquella población, cesó la lluvia y el viento sopló del Norte.

Al principio no nos disgustó al cambio por más que no es muy agradable recibir el cefazo en pleno rostro; en último caso, era preferible aquel viento frío por desagradable que fuese, á la humedad en que nos pudríamos desde hacía algunas semanas.

Por desgracia no duró mucho el tiempo seco; embrióse el cielo de gruesas nubes, desapareció el sol y todo hacía presumir que no tardaría en nevar.

Sin embargo, pudimos llegar á un pueblo bastante grande al parecer sin que nos viésemos sorprendidos por la nieve; pero mi amo se proponía ir lo más pronto posible á Troyes, ciudad importante en la que daríamos varias representaciones si el mal tiempo nos obligaba á permanecer en ella.

—Acóstate pronto—me dijo en cuanto estuvimos instalados en nuestra posada—emprenderémos el camino mañana temprano, pues temo que nos veamos envueltos por la nieve.

Él no se acostó en seguida, sino que fué á sentarse en un ángulo del hogar de la chimenea para hacer entrar en calor á *Joli-Cœur*, que había sufrido mucho con el frío y no cesaba de gemir, aunque le habíamos envuelto cuidadosamente en una manta.

Al otro día me levanté cuando apuntó el alba, según la orden que había recibido; aun no se veía nada, el cielo estaba oscuro, nublado y sin una estrella; la atmósfera era pesada y parecía que una inmensa y sombría tapadera estaba cubriendo el suelo y amenazaba aplastarle. Cuando se abrió la puerta se precipitaba el viento por la chimenea y sus bocanadas avivaban los tizones cubiertos con ceniza desde la noche anterior.

—Si yo estuviera en vuestro lugar—dijo el posadero á mi amo—no me marcharía; va á nevar.

—Tengo prisa—respondió Vitalis—y creo que llegaré á Troyes ántes de que nieve.

—Treinta kilómetros no se recorren en una hora.

A pesar de esta observación nos pusimos en marcha.

Vitalis llevaba á *Joli-Cœur* cubierto con su zamarrá para comunicarle algo de su propio calor, y los perros, á quienes alegraba el tiempo seco, saltaban y corrian delante de nosotros; mi amo me había comprado en Dijon una piel de carnero, cuya lana llevaba puesta hácia dentro; me envolví en ella y el viento que nos azotaba los rostros me la ceñía al cuerpo.

No podíamos abrir la boca; caminábamos guardando el mayor silencio, apresurando el paso, tanto para llegar pronto como para entrar en calor.

Aunque había llegado la hora de amanecer no se notaba en el cielo claridad alguna.

Al cabo de un rato, y por la parte de Oriente, rasgó las tinieblas una abertura blanquecina. No era de noche, pero hubiera sido una exageración decir que era de día.

Sin embargo, el campo y los objetos se distinguían algo más; la pálida claridad que se deslizaba por la tierra, y que brotaba de Levante como de una colosal lumbrera, nos permitía ver los árboles despojados y acá y allá setos y matorrales á los que aun estaban adheridas las hojas secas, produciendo un ruido seco, según la fuerza del viento que las sacudía.

No se veía nadie en el camino ni en el campo, ni

se oía ruido de carruaje ni el chasquido de un látigo; los únicos seres vivientes cuya presencia se observaba eran los pájaros, cuyos cantos se escuchaban, pero sin que se pudiera verlos, porque estaban ocultos entre las hojas; tan sólo las urracas saltaban en el camino con la cola levantada y el pico al viento, huyendo ante nosotros para posarse en la copa de un árbol, desde donde nos perseguían con su charla, que parecía llenarnos de injurias ó hacernos advertencias de siniestro augurio.

De pronto apareció en el cielo y por el Norte un punto blanco que aumentó rápidamente de tamaño, avanzando hacia nosotros, y pudimos oír un extraño rumor de gritos discordantes. Era una bandada de gansos y cisnes salvajes que emigraban desde el Norte al Mediodía; pasaron por encima de nuestras cabezas, y á pesar de hallarse lejos, aun se veían revolotear en el aire algunos copos de plumon cuya blancura se destacaba sobre el negro fondo de las nubes.

El país que atravesábamos presentaba un aspecto lúgubre, aumentado más y más por el silencio; en toda la extensión que abarcaba nuestra vista no había más que campos incultos, áridas colinas y árboles casi secos.

El viento seguía soplando del Norte con ligera tendencia á saltar al Oeste; por este punto cardinal llegaban grandes y rojizas nubes que parecían pesar sobre las copas de los árboles.

Un cuarto de hora después empezaron á azotarnos los rostros algunos copos de nieve, semejantes á las mariposas, que subían y bajaban, formando torbellinos sin tocar al suelo.

Aun no habíamos andado mucho y me parecía imposible llegar á Troyes antes de que deseargase la nevada; después de todo no me inquietaba aquello, pues me decía que en cuanto nevase cesaría el viento Norte, calmando el rigor del frío.

Pero yo ignoraba lo que era un temporal de nieve.

No tardé en saberlo, y de tal manera que nunca olvidaré la lección.

Las nubes que venían del Noroeste se habían acercado y una especie de resplandor blanco iluminaba el cielo por aquella parte, abriéndote por ambos lados; era la nieve.

Ya no fueron mariposas lo que volteaba ante nosotros; era un cubascó de nieve que nos envolvió por completo.

—Estaba escrito que no llegaríamos á Troyes—dijo Vitalis;—será necesario albergarnos en la primera casa que encontremos.

Aquellas palabras no podían ménos de sonar muy agradablemente en mis oídos; pero ¿dónde encontraríamos aquella mansión hospitalaria? Antes de que la nieve nos rodease con su blanca oscuridad, había examinado atentamente la comarca, sin ver casi ni nada que anunciase que había un pueblo cerca. Por el contrario, estábamos á punto de entrar en un bosque cuyas sombras profundidades se perdían hasta el infinito, delante de nosotros lo mismo que á los lados, en las colinas que nos rodeaban.

No había que contar mucho con aquella casa pro-

metida; pero después de todo, quizás no continuase la nieve.

Sin embargo, no sólo continuó sino que fué en aumento.

En pocos minutos había cubierto el camino, ó por mejor decir, todo lo que sobre el camino se oponía á su caída; montones de piedras, hierbas, malezas y zarzales de las canetas, pues impulsados los copos por el viento, pasaban rozando la superficie de la tierra, acumulándose en todos los obstáculos.

Nuestra desgracia consistía en ser uno de ellos; cuando nos azotaba, deslizábase sobre las formas redondas; pero siempre que encontraba una hendidura se introducía por ella como el polvo y no tardaba en deshacerse.

Yo sentía que bajaba por mi cuello convertida en agua helada, y mi amo, cuya zamarrá estaba entreabierta para que respirase *Joli-Cœur*, no debía estar mejor resguardado que yo.

No obstante, seguíamos caminando contra viento y nieve, sin hablar ni una palabra; de vez en cuando volvíamos la cabeza para respirar.

Los perros no iban ya delante de nosotros, sino que marchaban pisándonos los talones y pidiéndonos un abrigo que no podíamos darles.

Avanzábamos lenta y trabajosamente, medio ciegos, mojados, yertos de frío, y aunque ya hacía algún tiempo que marchábamos por el bosque, no podíamos considerarnos en resguardo, pues el camino estaba expuesto al viento.

Felizmente, se debilitó la fuerza del viento, pero aumentó, en cambio, la nieve, y en vez de caer en forma de polvo, sobrevinieron enormes y compactos copos.

En pocos minutos quedó el camino cubierto por una espesa capa de nieve, sobre la cual marchábamos sin hacer ruido.

Algunas veces veía á mi amo mirar á la izquierda, como si buscase algo; pero no se distinguía más que un gran descampado, en el cual debía haber hecho una tala en la primavera anterior, y cuyos resalvos doblaban sus tiernos y flexibles tallos bajo el peso de la nieve.

¿Qué esperaba encontrar por aquel lado?

Por mi parte, miraba siempre delante de mí, á lo largo del camino todo lo lejos que la vista alcanzaba, investigando si acabaría pronto el bosque ó si descubriríamos alguna casa.

Mas era una locura tratar de ver algo en medio de aquel cubascó; á pocos metros de distancia se confundían los objetos y no se veía nada más que la nieve cayendo en copos cada vez más grandes, envolviéndonos como las mallas de una red inmensa.

La situación no era muy halagüeña, tanto más, cuanto que yo no había visto nevar jamás sino detras de los cristales, en un aposento bien caliente, y siempre experimenté una tristeza invencible. Entonces me decía que la habitacion templada debía estar muy lejos.

Sin embargo, era preciso andar y no desalentarse, porque nuestros piés se hundían en la sabana de nieve que subía hasta nuestras rodillas y porque el peso

que cargaba sobre los sombreros era cada vez mayor.

De pronto vi que Vitalis extendía su mano hacía la izquierda como para llamar mi atención. Miré y me pareció descubrir confusamente en el descampado una chzoza de ramaje cubierta de nieve.

No pedí explicaciones, comprendiendo que si mi amo me había enseñado la cabaña no era para que admirase el efecto que producía en el paisaje; se trataba de encontrar el camino que conducía á ella.

Esto era bastante difícil, porque la capa de nieve había aumentado de espesor de tal manera que no se veían caminos ni senderos; sin embargo, al extremo del descampado, en el sitio en que comenzaba el bosque maderable, oí ver que la cuneta del camino estaba cegada; en aquel punto se unía á la carretera el sendero que conducía á la choza.

La prudencia aconsejaba entrar en ella; la nieve no cedió bajo nuestros pies cuando los pusimos en la cuneta, y después de un cuarto de hora de marcha llegamos al deseado asilo.

Estaba formado de haces y ramaje, sobre los cuales había dispuesta una cubierta de hojas, constituyendo un techo bastante fuerte para no dejar paso á la nieve.

Era un albergue que valía tanto como una casa.

Más veloces que nosotros fueron los perros los primeros que entraron en la cabaña, revolcándose sobre el piso seco y en el polvo, ladrando alegremente.

Nuestra satisfacción fué tan viva como la suya; pero la manifestamos de otra manera que echándonos al suelo, lo que, por otra parte, hubiera sido muy conveniente para secarnos también.

—Razón tenía yo—dijo Vitalis—para pensar que en este claro del bosque debía encontrarse alguna choza de leñador; ahora ya puede caer nieve.

—¿Que caiga!—respondí con aire de desafío.

Me dirigí á la puerta, ó mejor dicho á la abertura de la cabaña, pues no tenía puerta ni ventana, y saqué mi chaqueta y mi sombrero de modo que no se mojase el interior de nuestro aposento, el cual era tan sencillo en su construcción como en su mobiliario, que consistía en un poyo de tierra y en algunos grandes pedruscos que servían de sillas. Pero lo que tenía más valor para nosotros en las circunstancias actuales eran cinco ó seis ladrillos colocados de canto en un rincón, formando una especie de hogar.

¡Qué placer! ¡Podíamos encender fuego!

Claramente que un fogón no es bastante para hacer lumbre, y necesitábamos madera para conseguirla.

En una casa como la nuestra no era difícil de encontrar, pues no había más sino cogerla de las paredes y del techo, es decir, sacar algunas ramas de los haces, teniendo cuidado de hacerlo en varios puntos para no comprometer la solidez de nuestra casa.

En un momento reunimos la leña y no tardó la llama en chisporrotear alegremente sobre nuestro hogar.

¡Ah! ¡Qué buen fuego! ¡Qué hermoso fuego!

Es verdad que no ardía sin humo y que ésta se esparcía por toda la choza, desprovista de chimenea; mas ¿qué nos importaba? Teníamos llama y calor, y está era lo que ambicionábamos.

En tanto que yo soplabá, tendido á la larga en el suelo, sentáronse los perros en torno de la hogaza con el pesecozo estirado y presentando su vientre húmedo á la radiación de la llama.

Joli-Cœur entreabrió la zamarra de su amo, y cuando prudentemente la punta de la nariz más débil se hallaba; tranquilizado por el exámen que hizo, saltó al suelo, y tomando el mejor sitio junto á la lumbre, empezó á calentarse sus pequeñas y temblorosas manos.

Ya estábamos seguros de no morir helados, pero el problema de comer quedó sin resolución.

En aquella cabaña no había arca para el pan ni hornilla con encuzales.

Por fortuna, nuestro amo era hombre experto y precavido; antes de que yo me levantase por la mañana ya había hecho sus provisiones de camino: una hogaza y un trozo de queso; pero en aquel momento no debíamos ser exigentes ni melindrosos; así fué que cuando vimos aparecer el pan hicimos todos un movimiento de satisfacción.

Pero las raciones fueron muy pequeñas y mi esperanza quedó fallida, porque mi amo no repartió más que la mitad del pan.

—No conozco el camino—dijo como respondiendo á la interrogación de mi mirada—y no sé si desde aquí hasta Troyes encontraremos una posada donde podamos comer. Además no tengo la menor idea de la forma y extensión de este bosque. Sé que en este país abundan las selvas y que se usan algunas entre sí: las de Chaource, de Runilly, de Othe, de Aumont. Quizás nos encontremos á varias leguas de distancia de algun lugar habitado. Quizás la nieve nos bloquee por largo tiempo en esta cabaña. Es preciso guardar provisiones para nuestra cena.

Eran tanto más comprensibles aquellas razones para mí, cuanto que me acordaba de nuestra salida de Toulouse después de la prisión de mi amo; pero no convencieron de igual modo á los perros, los cuales al ver que su amo guardaba parte de la hogaza en el zurrón, le alargaron una mano, arañándole en las rodillas y entregándose á una pantomima muy expresiva para que abriese el saco, al que dirigían miradas suplicantes.

Ruegos y caricias fueron inútiles; el saco no se abrió.

Sin embargo, aunque aquella comida fué muy frugal reanimó nuestras fuerzas; estábamos resguardados, el fuego nos confortaba con un calor suave, y podíamos esperar á que cesara la nieve.

No me asustaba la idea de permanecer en la cabaña, puesto que yo no admitía la posibilidad de que permaneciésemos allí bloqueados por mucho tiempo como Vitalis había dicho para justificar su economía. Y, por otra parte, era natural que no siempre estaría cayendo la nieve.

Pero también debo confesar que no había indicio de que mejorase el tiempo.

Mirando hacía el hueco de entrada de nuestra choza veíamos caer los copos veloces y aprotados, y como no soplabá el viento descendían rectamente unos tras de otros sin interrupción.

No se veía el cielo, y en vez de bajar de él la claridad, subía del suelo cubierto por una capa de deslumbradora blancura.

Los perros buscaron todo el partido posible de aquel alto forzadío, ó instalándose delante del fuego, uno se sentó hecho un ovillo, el otro se tendió á lo largo y *Capí* les acompañó en el sueño, metiendo la nariz en la ceniza.

Senti deseos de imitarlos, y como me había levantado muy temprano calculé que sería más agradable viajar por un país fantástico, probablemente en el *Cine*, que mirar caer la nieve.

Ignoro cuánto tiempo estuve durmiendo; cuando me desperté ya no nevaba y salí fuera de la choza; la capa que se había amontonado delante de la puerta era mucho más espesa, y si nos pusiéramos en camino nos hundiríamos hasta las rodillas.

¿Qué hora sería?

No pude preguntar á mi amo, porque nuestras ganancias en los últimos meses no habían sido bastante cuantiosas para recomprar el dinero que la cárcel y el proceso le habían costado, hasta el punto de que para comprar en Dijon mi zamarra y diversos objetos para él y para mí, tuve necesidad de vender su reloj, aquel gran reloj de plata en el cual había visto á *Capí* señalar la hora el día en que me reclutó Vitalis.

Era preciso que el día me dijera lo que no podía averiguar en el reloj.

Pero nada había en el exterior que pudiera responderme: abajo en el suelo una línea blanca deslumbrante, arriba y en el aire una niebla sombría; en el cielo un resplandor confuso y á trechos algunas manchas de un amarillo sucio.

Por aquel aspecto no era fácil venir en conocimiento de la hora.

El oído no suministraba más datos que la vista, pues se había establecido un silencio absoluto que no turbaba ni el grito de un pájaro, ni un latigazo, ni el resaca de un carruaje; acaso no hubiera noche alguna más silenciosa que aquel día.

Reinaba á nuestro alrededor una inmovilidad completa: la nieve había paralizado todo movimiento y todo estaba como petrificado. Tan sólo de vez en cuando se escuchaba un pequeño crujido, apenas perceptible, y se veía alguna rama de abeto balanceándose lentamente, con el peso que le hacía bajarse, y cuando la inclinación era muy rápida se deslizaba la nieve hasta el suelo; entonces volvía á levantarse bruscamente, y su ramaje de color verde oscuro se recostaba sobre el blanco sudario que envolvía á los otros árboles desde la copa hasta el pie.

Cuando estaba en la bendición de la puerta mirando ante aquel espectáculo, oí que mi amo me hablaba.

—¿Tienes deseos de que nos pongamos en camino?— me preguntó.

—No lo sé, no tengo deseo; haré lo que vos queráis.

—Pues bien, mi opinión es que nos quedemos aquí donde, por lo menos, tenemos un abrigo y hambre.

Pensé que no teníamos pan, pero me guardé la reflexión.

—Creo que no tardará en nevar de nuevo— prosiguió Vitalis— y no debemos arriesgarnos en el camino sin saber á qué distancia estamos de algun pueblo. La noche no será agradable en medio de la nieve; más vale que la pasemos aquí, y aunque no gozemos otras comodidades tendremos los pies secos.

Aparte ya la cuestión de subsistencias, no me parecía mal aquel arreglo, y además, al ponernos en marcha de repente, no estábamos seguros de encontrar ántes de la noche albergue ó cena, mientras que era demasiado cierto que hallaríamos en el camino una capa de nieve que no estando hollada haría muy penosa nuestra marcha.

No había más remedio que quedarse en la choza y aguantar el hambre con la mayor resignación.

Esto fué lo que sucedió cuando á la hora de comer dividió Vitalis entre los seis lo que quedaba de la hogaza.

¡Ay de mí! ¡Cuán poco era y qué pronto fué despachado, aunque hicimos las raciones lo más pequeñas posible á fin de prolongar nuestra pobre comida!

Cuando terminó creí que los perros iban á reproducir la pantomima del almuerzo, pues era evidente que tenían un hambre devoradora. Mas no sucedió lo que yo creía, y conocí una vez más la viveza de su imaginación.

Cuando nuestro amo volvió á meter la navaja en el bolsillo de su pantalón, lo que indicaba que había terminado nuestro festín, se levantó *Capí*, y después de hacer una seña á sus camaradas fué á olfatear el saco en que generalmente se encerraban nuestros víveres; al mismo tiempo puso con gran delicadeza su pata sobre la tela como para palparla, y aquel doble exámen le convenció de que no teníamos nada que comer. Entonces volvió á su puesto junto al hogar, y haciendo nuevos signos con la cabeza á *Dolce* y á *Zerbino*, se tendió cuan largo era, dando un suspiro de resignación.

—No hay nada, es inútil pedir.

Expresó esta idea con tanta claridad como si hablase.

Comprendiendo sus camaradas aquel lenguaje, se echaron delante del fuego, dando también un suspiro; pero el de *Zerbino* no fué de resignación, porque á su gran apatito uníase la cualidad de la glotonería, y semejante sacrificio era para él más doloroso que para los demás.

Había vuelto á caer la nieve con más fuerza y con igual persistencia que ántes; por momentos se veía aumentar el espesor de la capa que cubría el suelo, rodeando los espellones, cuyos vástagos era lo único que sobresalía por encima de aquella marea blanca próxima á ahogarlos.

Pero cuando terminó nuestra comida ya no pudimos ver sino confusamente lo que pasaba fuera de la choza, pues en aquel triste día llegó la oscuridad muy pronto.

La noche no pudo detener la caída de la nieve que continuó bajando desde el negro cielo en gruesos y compactos copos.

Viendonos en la necesidad de dormir allí, lo mejor era acostarnos cuanto antes; imité, pues, á los per-

ros, y despues de envolverlos en mi piel de carnero, que habia secado exponiéndola á la llama, me acosté cerca del fuego, con la cabeza apoyada en una piedra plana, que me servía de almohada.

—Duerme— me dijo Vitalis—yo te despertaré; pues aunque no tengamos nada que temer de los animales ó de los hombres en esta cabaña, es preciso que uno de nosotros vigile para mantener el fuego; debemos tomar precauciones contra el frío, que puede ser más intenso si la nieve cesa.

No me hice repetir la invitación, y me dormí al punto.

Cuando me despertó mi amo debía ser muy entrada la noche, ó por lo ménos, yo lo creí así. Ya no nevaba y nuestro fuego ardia.

—Ahora— dijo Vitalis—no tienes que hacer más que echar de vez en cuando leña en la hoguera; yo ves que te he hecho gran acopio.

En efecto, al alcance de mi mano habia un monton de haces. Mi amo, que tenia el sueño mucho más ligero que yo, no quiso sin duda que le despertase, sacando trozos de rama de las paredes de la choza cada vez que los necesitara, y habia preparado aquel monton, del cual pude coger sin ruido.

Fué una precaucion muy acertada; pero no tuvo, por desgracia, las consecuencias que él esperaba.

Viéndome despierto y en disposicion de hacer mi guardia, se habia echado delante de la lumbre, estrechando contra su cuerpo á *Joli-Cœur*, envuelto en una manta, y bien pronto conocí que estaba dormido al oírle respirar con más fuerza y de una manera uniforme.

Entónces me levanté muy despacio, y andandó sobre la punta de los piés, me asomé á la puerta para ver lo que ocurría en el exterior.

Todo estaba inundado por la nieve; las hierbas, los arbustos y los árboles; por donde quiera que se dirigía la mirada no se veía más que una superficie desigual, pero enteramente blanca. El cielo estaba sembrado de estrellas centellocantes; mas, por viva que fuese su claridad, era de la nieve de donde procedía la pálida luz que iluminaba el paisaje. El frío se dejaba sentir de nuevo y debía helar en el campo, porque el aire que entraba era glacial. En el lúgubre silencio de la noche se oían á veces ciertos chasquidos que señalaban la congelación de la nieve.

Realmente habíamos sido muy dichosos al encontrar aquella cabaña; ¿qué hubiera sido de nosotros en medio del bosque, cubiertos de nieve y transidos por el frío?

Aunque hice muy poco ruido al andar desperté á los perros, y *Zerbino* se levantó para ir conmigo hasta la puerta. Como él no contemplaba de igual manera que yo la magnificencia de aquella noche, no tardó en fastidiarse y quiso salir.

Hice señas con la mano para que entrase: ¿qué idea le asaltaría de salir con aquel frío? ¿no era mejor quedarse al lado del fuego que andar por el campo como un vagabundo? El animal me obedeció, pero continuando con el hocico hacia la puerta, como un perro obstinado que no abandona sus proyectos.

Pertuaneceí algunos instantes todavía mirando la

nieve, y aunque aquel espectáculo me llenó el corazón de tristeza, experimentaba cierto placer al contemplarle; sentía deseos de llorar, y, sin embargo, no me atreví á moverme de mi sitio.

Por fin me acerqué al fuego, y despues de referirle con cuatro ó cinco troncos cruzados unos sobre otros, juzgué que podia sentarme sin cuidado en la piedra que me habia servido de almohada.

Mi amo dormía tranquilamente, lo mismo que *Joli-Cœur* y los perros, y de la hoguera avivada se levantaban hermosas llamaradas que subian hasta el techo despidiendo brillantes chispas, cuyo ruido era lo único que turbaba el silencio.

Por largo tiempo estuve entretenido en mirar aquellas chispas; pero poco á poco se fué apoderando de mí el cansancio, y me dormí sin darme cuenta.

Si hubiera tenido que ocuparme en hacer la provision de leña me hubiese levantado, y mientras anduviera al rededor de la cabaña seguiria despierto, pero, estando sentado, sin hacer otro movimiento que el necesario para extender la mano y poner leña en el fuego, me dejó dominar por el sueño, y, creyendo siempre que estaba despierto, acabé por dormirme.

De repente, me levanté sobresaltado al oír un furioso ladrido.

Era de noche; sin duda habia dormido por mucho tiempo, apagándose el fuego, ó al ménos ya no despedía llamas que iluminasen la choza.

Continuaban los ladridos; era la voz de *Cupi*, pero ni *Zerbino* ni *Dolce* respondian á su compañero.

—¿Qué es eso?— exclamó Vitalis, despertándose también,—¿qué ocurre?

—No lo sé.

—Te has dormido, y se ha apagado la lumbre.

Cupi no habia salido; estaba en la puerta, y allí era donde ladraba.

Me hice la misma pregunta que mi amo:—¿qué ocurría?

Á los ladridos de *Cupi* respondieron dos ó tres aullidos plañideros, en los que reconocí la voz de *Dolce*, y que procedía de detrás de la choza y á poca distancia de ella.

Quise salir, pero me lo impidió mi amo, poniéndome la mano en el hombro.

—Primero, echa leña á la lumbre— me dijo.

Y mientras obedecía yo su orden, tomé del hogar un gran tizon, cuya punta, carbonizada, sopló con fuerza.

Cuando estuvo encendido, en vez de encender la hoguera, le conservé en la mano.

—Vamos á ver lo que sucede; tú, ven detrás de mí; Adelante, *Cupi!*

En el momento en que poníamos el pié fuera de la choza, se oyó un aullido formidable, y *Cupi* se arrojó espantado entre nuestras piernas.

—Son lobos; ¿dónde están *Zerbino* y *Dolce*?

(Se continuará.)

INGLESES Y ESPAÑOLES EN EL POLO SUR.

AVENTURAS Y DESCUBRIMIENTOS EN LA ZONA GLACIAL ANTÁRTICA,

POR D. JOSÉ MORRNO FUENTES.

En el momento en que el capitán Ballesta y su amigo ponían los pies sobre la cubierta del *Algeciras*, las dos embarcaciones pasaron por delante de ellos á medio cable de distancia, vigorosamente compelidas por sus propulsores de hélice.

Entonces, como en són de burla, de victoria ó de amenaza, se enarboló en sus mástiles el pabellón inglés.....

El capitán Ballesta, apoyándose en el brazo del señor Poey, dirigió intensa é indefinible mirada á aquellas naves, que corrían hácia el Sur..... Por el noble semblante del marino resbalaban al propio tiempo, lentamente, dos ardorosas lágrimas.....

SEGUNDA PARTE.

CAPÍTULO I.

[VOTO Á LA NUEVA SION!—EL ANABAPTISMO.—MISTER JOHN CRÓSSBOW.—EL «GREAT-BRITAIN» Y EL «GIBRALTAR»—HISTORIA NATURAL.

I.

Como habrá observado el lector en la primera parte de esta verdadera historia, era D. Juan Ballesta, ó sea mister John Cróssbow, hombre muy dado á profetizar juramentos por un quitame allá esas pajas, según suele decirse. Entre los que á cada momento pronunciaba parecía el más significativo, por lo mucho que lo repetía, el de «¡Voto á la Nueva Sion!.....»

Tan encariñado estaba con ésta frase, que, poco ménos que involuntariamente; se le caía de los labios, como es uso y costumbre en las gentes que hacen un hábito de ingerir en la conversación, por vía de estribillo, pegue ó no pegue, un juramento especial ó una palabra maldiciente.

Ya el perspicaz lector habrá notado que la citada frase, más que otra alguna, se encontraba siempre pronta á salir de la laringe del atrabiliario gibraltareño.

Peró ¿qué origen tenía este juramento singular? Consideráronse en el imprescindible deber de explicarlo.

Cuando, en oposición á su padre y á su hermano, hizo jurar de abjurar la religión de sus mayores y convertíase al protestantismo, es casi inútil decir que en aquella extraña conversión no tuvo parte alguna el convencimiento ó la fe, sino el espíritu agresivo y de contradicción de que sentíase inspirado contra su familia.

Así, pues, tanto montaba para él hacerse cuáquero ó metodista; la cuestión era disentir en esto, como en todas las cosas, de lo que estimaban y querían sus parientes.

Sin embargo, de las varias escuelas disidentes del catolicismo había una, cuyo pasado y antecedentes aventase mejor que el de otras á su carácter inquieto y batallador. La religión anabaptista contó con un nuevo adepto en la persona de Mr. John Cróssbow. La edad de oro de esta secta constituyó en la conciencia de aquel hombre el más perfecto de los ideales religiosos.

Hé aquí por qué en todas las circunstancias de su vida, ora fuesen plácidas ó adversas, su favorito juramento referíase siempre á la *Nueva Sion*. En muchos casos pronunciábase sin venir á pelo; pero entonces, más que un voto ó una blasfemia, representaba en sus labios un recuerdo hácia el pasado esplendor de aquella secta.

Para ser un tanto cuanto más perspicuo, véome en la necesidad de hacer un poco de historia.

II.

Has de saber, en primer lugar, leyente amigo, que la palabra *anabaptista* se compone de la partícula *aná*, que en griego significa *nuevo*, y de la palabra *baptismo*, que quiere decir, *bautismo*, *inmersión*.

Adoptaron los fundadores del anabaptismo esta edificación, porque ella expresa perfectamente su fin, su primordial objeto. Esta escuela religiosa estableció los fundamentos de su doctrina en que no debe administrarse el bautismo á los párvulos, y en caso de que se hiciese ha de repetirse dicha ceremonia en llegando á la edad del uso de la razón; porque la persona bautizada, según esta doctrina, para serlo dignamente, debe encontrarse en estado de conocer y explicar su fe.

Esta secta nació en Alemania hácia el año 1525, y alcanzó gran número de adeptos en la Westphalia. No se tiene idea exacta de quién ó quiénes fueron sus autores; algunos eruditos conceden este honor á Carlstad y otros á Zuínglio; pero la más admitida opinión le otorga á Tomás Moncer, de Zwíneckau, ciudad de Misnia, y á Nicolas Stotch, de Stolberg, en el antiguo reino de Sajonia.

Ambos eran discípulos del famoso Lutero, del cual se separaron por suponer que la doctrina de aquel atrevido heresiarca distaba mucho de ser perfecta; que su único mérito consistía en haber iniciado la Reforma, porque para establecer solidariamente la

verdadera religion de Jesucristo sería necesario que la revolucion viniera otra vez en apoyo de la Escritura.

Poco tiempo despues de su aparición en el mundo de las ideas, llegaron los anabaptistas á ser tan numerosos, que considerándose bastante fuertes, lograron apoderarse de la ciudad de Munster, pero el Obispo de esta población se la arrebató de sus manos en el año 1535.

También Calvino por esta época escribió en Ginebra su libro de controversia contra los anabaptistas.

Fundan éstos su profesion de fe en las frases de Jesucristo, que dice en el Evangelio de San Marcos, cap. xvi, v. 16: *Qui crediderit et baptizatus fuerit salvus erit* (1); en virtud de lo cual pensaban, que pudiendo sólo los adultos tener fe y creencias fijas, y no existiendo ademas texto alguno en el Nuevo Testamento que preceptúe se bautice á los párvulos, no debía practicarse con ellos esta ceremonia sino cuando llegasen á la edad en que el sentimiento y el raciocinio funcionan libremente.

Calvino les combatió oponiéndoles la autoridad de Orígenes, que hace mención del bautismo de los niños; de la del autor de la obra llamada *Questiones*, que se atribuye á Justino, y la de un Concilio celebrado en África, en el cual, segun San Cipriano, se decretó el bautismo para los recién nacidos.

Aquí hará notar una de tantas contradicciones en que suele incurrir, por lo comun, el apostólico desinterés de ciertos innovadores y propagandistas.

De suerte que el célebre reformador Juan Calvino, para combatir á los anabaptistas, sectarios y disidentes como él de la Iglesia católica, despues de haber atacado la tradicion de ésta por cuantos aspectos y formas pudo, empleóla como arma de dos filos contra la religion anabaptista.

Esto es tanto más de admirarse, cuanto que Calvino, al defender la eficacia del bautismo en los párvulos, contradecía su propia doctrina, segun la cual toda la virtud de las sagradas ceremonias consiste en excitar y avivar la fe.

Tan luego los anabaptistas se apoderaron de la antigua ciudad de Munster, aclamaron por rey de la *Nueva Sion*, que así la denominaron, á Juan Beckold, oficial de sastre de Leyden; establecieron la comunidad de bienes y de mujeres, derrocaron las iglesias, y nombraron doce jueces en memoria del número de las tribus de Israel.

Su monarca Beckold, adoptando el nombre de Juan de Leyden, se entregó á toda clase de excesos y brujalías, segun refieren algunos historiadores de aquel tiempo.

Concretados los anabaptistas á su solo esfuerzo, sin poder contar con extraños auxilios, bien pronto la miseria y las enfermedades aislaron la Nueva Sion. El obispo de aquella diócesis, al frente de un respetable número de tropas, puso estrechísimo cerco á la ciudad de Munster. Los sitiados defendieron-se valerosamente, y si el obispo logró hacerse dueño de la plaza, debiólo á la traicion más que á su esfuerzo y pericia militar.

(1) El que creyere y fuere bautizado será salvo.

Juan Beckold, el titulado rey de la Nueva Sion, cayó en manos del obispo, y una muerte terrible, propia de aquellos tiempos de barbarie, puso fin á su vida y á su odioso reinado. Esta época constituyó para Mr. Crossbow la edad dorada del anabaptismo.

III.

Ciertamente que el espíritu avieso y contradictorio del inglés de pega, segun le designaban desde las playas de Algeciras á las de Cádiz, no podía profesar por aquellos religiosos ideales un entusiasmo tan fervoroso que pudiera conducirle al sacrificio; su amor por ellos era exclusivamente platónico, relativo á la imposibilidad de volver en nuestra época á aquellos pasados tiempos.

Es necesario convenir que la espejal idiosincrasia del capitán gibraltareño hacia de él un hombre verdaderamente extraño y terrible. La última vez que exhibió su personalidad ante las curiosas miradas de mis lectores, fué, si mal no recuerdo, en el preciso instante en que los buques expedicionarios abandonaban la anchurosa rada de Algeciras.

Desde las murallas de Gibraltar, provisto de un largo anteojo, Mr. Crossbow contempló por largo tiempo, con insistente mirada, cómo se alejaban del puerto y se perdían en lontananza aquellas embarcaciones....

Mefistofélica expresion resplandecía en su torva semblante.... ¿Qué habrá sido de su persona desde entonces?

Pronto quizás, lector amigo, te des con él de manos á boca, como vulgarmente se dice.

Espantosas tempestades habian tenido lugar en los mares del Sur; semanas enteras veladas por tan opacas brumas, que no existía discrepancia de ninguna especie entre el día y la noche; vientos huracanados, torbellinos de nieve y de granizo, constantes lloviznas, repetidas descargas eléctricas e impetuoso oleaje: hé aquí el payoroso conjunto que en su cotidiano aspecto presentaban aquellas regiones glaciales.

Este borrascoso tiempo imperó constantemente, desde que ocurrió la terrible catástrofe verificada á bordo del *Algeciras* hasta el 30 de Octubre, si no mienten los datos que tengo á la vista, en que, sacándose los elementos, pudo la claridad del día espereír sus pálidos resplandores sobre aquel cuadro sombrío.

IV.

En una pequeña bahía resguardada de los vientos del N. O. por altas moles de hielo, que descansaban sobre las tierras de Sandwich, tristes y desoladas cual pocas lo son en el mundo, velanse anclados dos buques de gran porte.

Maltratados, sin anda, por los anteriores temporales, se habian refugiado en aquella enseada para obtener sus tripulantes algún descanso, y reponerse, en lo posible, de las pasadas fatigas. No eran las embarcaciones á que me refiero las que con los nombres de *Baltasar Ballesta* y *Algeciras*, respectivamente, conoces ya el discreto lector.

Los fondeadas al pié de aquellos acantilados de hielo tenían distinta apariencia; sus cascos, sus aparejos, sus chimeneas, sus líneas generales, en fin, revestían las mismas condiciones; no tenían el aspecto ligero y elegante que dan á sus construcciones navales los franceses, los norte-americanos y áun los mismos españoles.

Un marino experimentado hubiera dicho al verlas que se habían construido en algun astillero inglés. En efecto, inglesas eran aquellas dos naves, y hacíase preciso reconocer en ellas á los misteriosos vapores, cuyas singulares maniobras tanto dieron que pensar al capitán Félix Ballesta.

Desde la línea de flotación hasta las servioyas, todo



Los marineros, emprendiéndola á palos con las focas.

aparecía en aquellas embarcaciones pintado de negro; sólo en los costados de popa, á babor y estribor, con letras blancas leíase en el uno *Great Britain*, y en el otro *Gibraltar*. Eran dos goletas de tres palos, de magnífico aspecto, por más que su corte exterior dejaba algo que desear respecto á la finura y elegancia de sus líneas.

Dijo ántes que el tiempo había abonanzado; por esta circunstancia tal vez la temperatura, elevándose algo, era todo lo benigna que permite serlo en tan altas latitudes aquella estación del año.

Las arenosas playas de la bahía estaban cubiertas hasta gran distancia en el mar de una capa de hielo, que podría tener desde uno á quince ó más metros de

espesor. Trasponiendo esta barrera, veíase alguno que otro reducido espacio de tierra endurecida, resquebrajada, cubierta de trecho en trecho de menudos guijarros.

Estos pequeños oasis, si se me permite emplear dicho concepto, se hallaban invadidos por gran número de focas, heceros marinos, que se solazaban en ellos al calor, ciertamente problemático, del tristísimo sol de aquellas zonas, que en la época á que me refiero sólo algunos instantes dejaba ver su casi incoloro disco por encima del horizonte.

Una lancha tripulada por algunos marineros se apartó del costado del buque que se denominaba *Great Britain*; sus remeros hicieron rumbo hácia un

pequeño ancon de hielo, por cuyos lados parecia más abordable aquella inhospitalaria tierra.

Llegaron á él y fácilmente consiguieron escalarle. Providos de gruesos palos, dirigieronse á los lugares ocupados por aquellos anfibios, los cuales les vieron llegar sin hacer por ello demostracion alguna de susto ó extrañeza. ¡Sin duda estos inofensivos animales no sabian aún lo que era el hombre!

Pero en breve tuvieron ocasion de conocerle y juzgarle. Los marineros emprendiéndola á palos con las focas, prevalidos de la dificultad con que estos mamíferos se mueven en tierra y de lo distantes que se hallaban del mar, dieron muerte en un santiamén á un par de docenas.

V.

Pertenece á este género *phoca*, y toman sus principales caracteres zoológicos de la forma especial de su cabeza, que se parece á la del perro y tiene como éste miradas dulces y llenas de inteligencia.

Su cráneo es espacioso, las orejas poco ó nada salientes y adornan sus labios grandes bigotes. Por la parte anterior del cuerpo se asemejan á un cuadrúpedo, al paso que por la extremidad posterior tienen exacta analogía con la forma de los peces. Los piés delanteros, envueltos en la piel hasta la muñeca, terminan en cinco dedos palmados; los posteriores apenas se hallan libres en la parte última del talón.

La piel de estos mamíferos es gruesa y está cubierta de pelo corto y espeso. Una gran capa de grasa da á todo el conjunto de su cuerpo cierta forma redondeada.

Si son torpes en tierra, zambullen y nadan con facilidad sumas en el agua; pueden tambien permanecer largo tiempo sin respirar debajo de ella; deben esta facultad á la especial conformación de sus fosas nasales provistas de una especie de válvula que impide la entrada de aquel fluido, y á un seno venoso del hígado en que se deposita la sangre cuando la falta de respiracion neutraliza el movimiento de este liquido.

Las focas se alimentan de pescados que cogen con gran destreza. Son cariñosas, inteligentes, domesticanse con facilidad y toman afecto á los que las cuidan.

Se las encuentra en todos los mares, pero especialmente cerca de los polos y en el ecuador. Son polígamas y cada macho tiene tres ó cuatro hembras, que vigila y defiende con valor de sus congéneras; sólo cohabitan en tierra ó sobre el hielo, en cuyos lugares suele parir la hembra un hijo, raras veces dos. Transcurridos quince dias, el hijo acompaña á los padres al mar y se interna en él, pero acude al menor llamamiento de la madre, que no le pierde de vista por espacio de cinco ó seis meses, mientras dura la lactancia.

A pesar de que estos animales poseen en sumo grado el instinto de sociabilidad, gustan, cuando se hallan en tierra, de estar aislados con su familia en un témpano ó roca solitaria.

El hombre les hace una guerra á muerte para apo-

derarse de su piel y extraerles el aceite; la carne es coriácea y de sabor desagradable. Sus dimensiones varían, segun los países que habitan, desde diez decímetros ú ocho ó nueve metros. Dividense en varias especies, de las cuales la más comun es la denominada *buey ó becerro marino*, que suele tener de largo un metro y veinte centímetros.

CAPÍTULO II.

LAS MANCAS APTENODITAS.—EL MARINERO DE LA NA-
RIZ ROJA.—Á BORDO DEL «GREAT BRITAIN»—MO-
NOLOGUANDO.

I.

No estuvieron, en verdad, ociosos los marineros ingleses mientras se hallaban en tierra, porque no sólo se apoderaron de buen número de focas, sino que, además, dieron muerte á considerable cantidad de aves marinas llamadas *mancas aptenoditas*, de *aptan*, sin alas, y *dytes*, buzo.

Estas aves constituyen una variedad de la familia de los *pinguinos*, cuya denominación viene de la palabra latina *pinguis*, que quiere decir *grasiento*. Las *mancas*, diferéncianse esencialmente de los *pinguinos*, en que éstos se hallan vestidos de plumas y ellas de un sencillo plumon que casi reviste el carácter de pelo, y que en vez de alas tienen unos muñones aplastados en forma de aletas.

Habitau en el mar glacial del Sur, y extendida debajo de la piel poseen una gran cantidad de grasa, que les permite resistir los rigorosos frios de las regiones que frecuentan.

La Naturaleza parece haber dispuesto á estas aves para una vida esencialmente acuática. Cerca de ocho meses del año viven en el mar, errando á la ventura y á larga distancia de las tierras. Sus movimientos, vivos y fáciles en el agua les permiten nadar y zambullir con prodigiosa rapidez; tambien saltan á grande altura en la superficie de las olas.

Pero fuera de este su natural elemento, son torpes y pesadas, pues sus palmipodos piés, colocados cerca del abdomen, apenas les permiten andar, por lo que es posible acercarse á ellas y matarlas á palos. En el mes de Octubre, que es el tiempo de la puesta, abandonan el mar y se las ve entónces por las escuetas y áridas rocas de las islas australes.

Por dicha causa encontráronlas casi en excesivo número los marineros ingleses, y apresuráronse á darles caza, porque su carne es exquisita, si bien tiene cierto sabor á pescado que desaparece, en parte, si se la condimenta de una manera especial.

La familia de las *mancas aptenoditas* se subdivide en varias especies; todas ellas viven exclusivamente en el hemisferio meridional.

II.

—¡Hoe, hoe, camaradas!—gritó en inglés un marinero, llamando la atención de los demas sobre un gran cetáceo que sólo á la distancia de algunos cables se veía en el mar; sobre él y siguiendo al par su camino revoloteaba una inmensa bandada de fúlcas.

Corrieron los marineros hácia un escaso trozo de

playa, sembrado aquí y allá de pedazos de hielo, é hicieronse todo ojos, como suele decirse, para contemplar el gigantesco monstruo que tenían á la vista.

En efecto, un cetáceo de colosales proporciones parecia correr y solazarse en el azul oscuro de las salobres ondas.

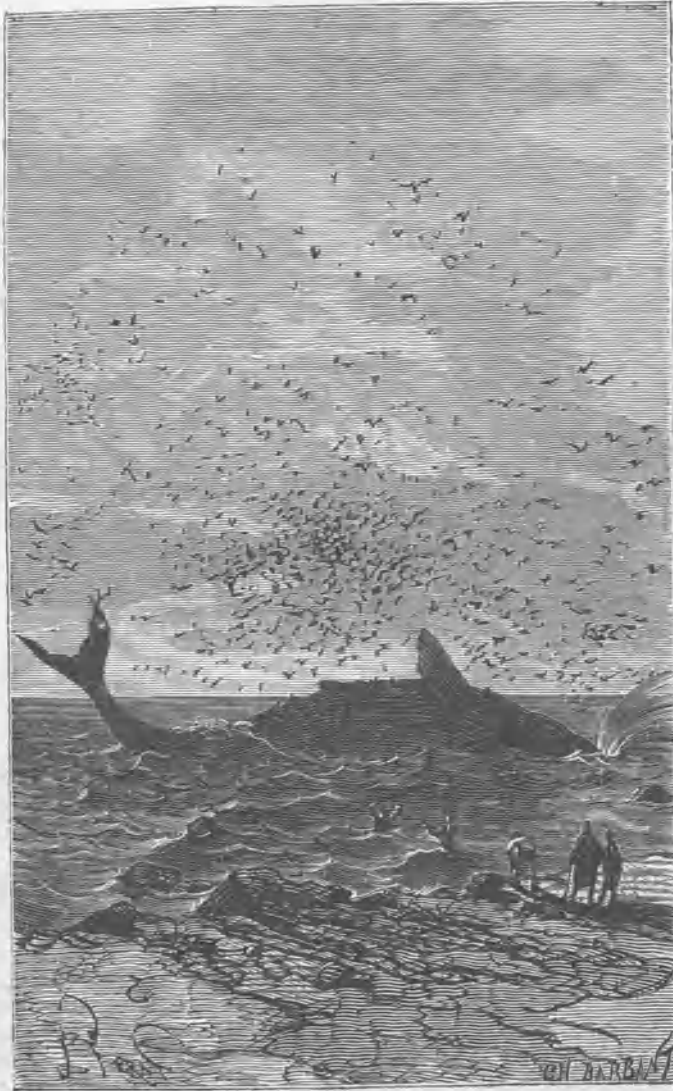
— ¡ Es una ballena ! ¡ una ballena ! — exclamó un

marinero de pocos años, pelos rubios y colorados mo-fletes.

— Si, sí, es una ballena — repitieron otros. — Si pudiéramos arponearla.....

— Volvamos á la goleta para hacer los preparativos necesarios y pedir la vénia al capitán.....

— ¡ Si, sí, embarca, embarca !



En efecto, un cetáceo de colosales proporciones.....

É hicieron ademán de encaminarse hácia el sitio en que habian dejado la chalupa amarrada á un bloque de hielo, pero en aquel instante les detuvo con el gesto y la palabra un hombre de roja y encrespada cabellera, de ojillos verdosos y amoratada nariz, al cual conoce el discreto lector desde mucho tiempo atrás.

Era el marinero William, el hombre de confianza de Mr. John Cróssbow.

— ¡ Alto allá ! — dijo á sus compañeros — ¿ Estais empecatados ?

— ¿ Por qué, contra maestre William, por qué ? — preguntó el marinero de pelos rubios y colorados mo-fletes.

— Porque, en primer lugar, eso que mirais ahí no es una ballena franca.....

— ¿ Qué no es una ballena ? Por el patriarca Abraham, ¿ que cetáceo puede ser entónce ?

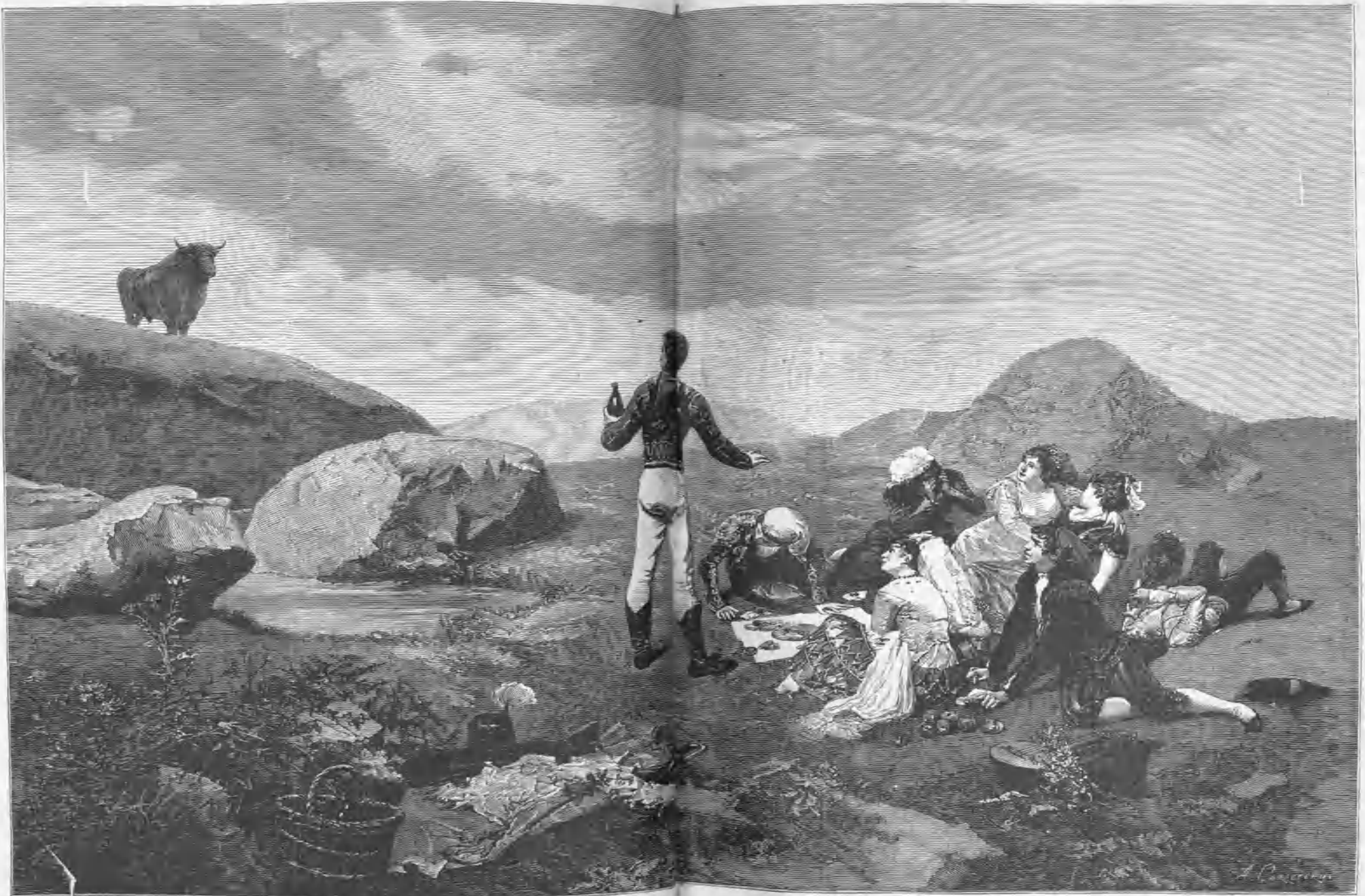
— ¡ Toma ! pues..... un ballenóptero.

— ¡ Vaya ! la misma cosa parece.....

— Como buen irlandés, eres, O'Farril, testarudo hasta no más. Aunque sean de la misma casta se diferencian entre sí de la propia manera que te diferencias tú de un esquimal ó de un negro de la costa de Guinea.

— ¿ Y en qué se conoce eso, contra maestre William ?

— En que los ballenópteros tienen en el lomo una



¡SE AGUÓ LA FIESTA! (CUADRO DE D. ENRIQUE MÉLIDA.)

grande aleta.... Mirada, mírala; bien clara se ve.
— Es verdad—dijo otro marinero de frente deprimida y envidiada barba.— Pero ¿por qué— y se detuvo para escupir un enorme trozo de tabaco de Kentucky, que hacía media hora tritaba con sus incisivos y molares— por qué— repitió— no hemos de dar caza á ese animal.

— Porque el capitán no lo consentiría....

— ¡Bah! pidiéndoselo....

— ¡Bien se conoce, Nathan, que tampoco tú has navegado por estos mares!

— ¿Y qué tiene que ver?....

— ¡Por el santo profeta Isaías, que ya me aburres con tantos peros! ¡Si hubieras, Nathan, frecuentado, como yo, estos mares y los del Norte, sabrías que si es fácil, hasta cierto punto, pescar á la ballena, no sucede lo mismo con el cetáceo que ves ahí; es muy peligroso atacarle, porque se defiende como un desesperado.

— ¡Ah, yo ignoraba eso, contramaestre William!

— Pero como que el capitán lo sabe, no querría exponerse ¡claro está! á que algunos de vosotros se quedasen en la estacada.

— Y las ballenas ¿son de menor tamaño?

— No ¡tal! los ballenópteros le tienen más pequeño; la ballena común llegará á medir de treinta á treinta y cinco yardas.... Pero empeñemos, muchachos, á trasportar á bordo el botín que hemos hecho, ántes que la negra noche de estas zonas se nos eche encima sin saber cómo.

III.

Supongo, lector paciente, que no te habrá causado extrañeza alguna encontrar al satélite del inglés en los lejanos climas en que continúa desmenuviéndose la acción de esta historia. Quizás tu perspicacia haya imaginado también que no se encontrará muy lejos de aquellos lugares el jurado contradictor de los Ballestas....

No te equivocas, si tal presumes.

Si quieres verte con él frente á frente, sírvete pasar á bordo de la goleta de hélice *Great-Britain*.

¿Te admira el aspecto severo y casi disciplinario que en el interior de aquel buque se advierte áun en los menores detalles? Es que sus armadores quisieron darle un carácter semi-oficial; es que se pretendía aparentar que allí se encontraba un remedo fiel del poderío de la Gran-Bretaña en todos los mares.

Mister John Crossbow era el jefe de aquella expedición, y llevaba su insignia de almirante, permitáseme este burlon desahogo, en el buque á que hago referencia.

Al pié de las dos baterías de cuatro cañones cada una que, á babor y estribor, estaban emplazadas; en el castillo de proa, donde había otro cañón de grueso calibre; en el alcázar, en la toldilla, al pié de las máquinas, por todas partes, en fin, veíanse de centinela marineros ingleses que con estoica gravedad desempeñaban su cometido.

Aparte este aparato, sólo de inflexible ordenanza en un barco de guerra, es necesario confesar que, en cuanto á policía y buena disposición en todas las co-

sas, no había más que pedir á bordo del *Great-Britain*.

Juan Ballesta, que, aunque mal de su grado fuere, de aquel modo se denominaba, encontrábase en su camarote en el preciso momento á que voy á contraerse.

Allí estaba con sus pobladas cejas, que ocultaban, en parte, su siempre bosca mirada; su afilada nariz, sus pómulos salientes y su inculta cabellera salpicada de gran número de pelos grises.

Allí estaba, con su espíritu oposicionista, su carácter atrabiliario, su exagerada angloomanía y el terrible conjunto de sus odios y sus rencores.

Apoyaba la ardorosa frente en la siniestra mano; medilaba sentado ante una gran mesa. ¿Qué pensamientos bullirían en aquel cerebro batallador y agresivo por excelencia? ¿Á qué trascendentales cálculos se entregaría su inquieta imaginación?

Víctima de un fatal accidente, había dejado detrás de sí al capitán Félix Ballesta. ¿Qué más podía exigir de la fortuna aquel hombre descontentadizo?

No se reflejaba en su rostro la satisfacción del que, en buena ó indigna lid, que esto es aparte, ha logrado vencer á un enemigo animoso; ántes bien, advertíase en su macilenta expresión la duda, el desencanto, la contrariedad del que, habiendo obtenido el triunfo en terrible lucha, advierte después que no le es dable recoger los despojos de su víctima.

Sin embargo, no es creíble, supuesto el organismo nervioso é irritable de aquel hombre, que flaqueara, que vacilase, que desistiese por un solo instante de sus propósitos.

IV.

— ¡No, no! —decía en aquel momento con resonante entonación y como si hablara consigo.— Iré sin vacilaciones hasta el fin, porque el fin representa la ruina del último Ballesta español, la apoteosis de mi nombre y la mayor gloria de la activa Inglaterra! Pero.... ¡ah! ¡Truenos y rayos! Ese oscuro problema áun no está resuelto.... ¡En balde cavilo noche y día, en vano intento descifrarle! Me pierdo en un mar de conjeturas, del que no acierto á salir. ¿Con qué objeto prescribía Baltasar Ballesta á su hijo, en las instrucciones que le dejó escritas acerca de esta expedición á los mares antárticos, que, á lo más tardar, saliese del puerto de partida en los últimos días de Setiembre? Es decir, para llegar á estas regiones cuando en ellas impera todavía lo más riguroso del invierno polar, cuando no se puede avanzar un paso sin encontrar por donde quiera formidables barreras de hielos, cuando desde mediados de Febrero hasta principios de Abril domina la tempestuosa estación de los equinoccios, terribles en estos mares, por lo cual es preciso llegar ántes al término deseado....

(Se continuará.)

LA TORRE-VALIZA DE LAVEZZI.

El 15 de Febrero de 1855, á mediodía, la fragata *La Semillante*, que salió de Toulon la víspera, llevando tropas á Crimea, se destrozó por una tempestad furiosa contra el escollo de Lavezzi, situado en el centro del estrecho de Bonifacio, no salvándose ni uno solo de los setecientos cuarenta y tres hombres que había á bordo, probando esta catástrofe que era necesario poner los medios indispensables para evitar, en lo sucesivo, pérdidas como la de *La Semillante* y su gente; pues aunque ya en 1845 el Gobierno de Cerdeña había hecho elevar en la pequeña isla de Razzoli un faro que iluminara el estrecho Las Bocas de Bonifacio y el escollo citado que las separa, y aun cuando después de la catástrofe de *La Semillante* se amarró sobre el mismo arrecife una enorme boya de planchas de palastro con la forma y dimensiones de una chalupa con puente, que tenía una campana de bronce de 70 kilogramos, coronada por una pirámide de seis caras formadas de seis espejos que debían reflejar los rayos del sol y de los faros vecinos; á pesar de todo esto, y como quiera que el murmullo de las olas cubría á veces la voz tutelar que lanzaba la campana, y que la boya fué rota por la furia del mar en una tormenta, decidióse elevar sobre la roca una torre-valiza; es decir, una torrecilla maciza de mampostería.

Para construir sobre la roca se empleó el sistema de cimentar por arcon, imaginado por los ingenieros contemporáneos para colocar las pilas de los puentes; en 1869 un arcon, una especie de bote sin fondo que tenía la forma y las dimensiones de la base de la construcción proyectada, se encajó en el arrecife; se echó argamasa en su interior y se pudo construir entonces la torre sobre esta base, creyendo que con esto se evitaba el escollo; la valiza lo indicaba, en efecto, de día; faltaba marcarlo de noche.

Para conseguir esto, el Gobierno italiano perfeccionó la iluminación del faro Razzoli, fijando una lámina de cristal rojo delante de los lentes en dirección á la valiza de Lavezzi, y el Gobierno francés hizo elevar en la punta Sur un faro de cuarto orden, que marcaba, por medio de cristales de color, á los navegantes el peligro.

La victoria parecía definitiva, cuando en 1875 se vió con gran estorpo que la torre-valiza ya no existía; se señaló provisionalmente por una boya la roca, y para que la nueva torre que se proyectaba fuera inquebrantable para siempre, se decidió unir la mampostería á la roca por tres barras de hierro, una en medio, de seis centímetros de diámetro, cuatro al rededor, de 10 centímetros, que penetran 60 en la roca, ocho más afuera, hundidas hasta un metro en la roca y que tuvieron 15 centímetros de diámetro.

Prolijo sería enumerar todos los obstáculos que tuvieron que vencerse para llevar á cabo, y de la manera más perfecta posible, el levantamiento de la nueva torre, que, empezada en Abril de 1876, acabóse felizmente el 14 de Setiembre de 1877.

Es ésta redonda y se eleva siete metros sobre el

nivel del mar; el cimiento tiene 6^m.50 de diámetro, y está pintada por bandas horizontales, alternativamente, negras y rojas, lo que indica á los marinos que pueden pasar á su gusto por cada lado, usando otros colores cuando los navegantes tienen, para evitar el escollo, necesidad de pasar por la derecha ó la izquierda.

De creer es que con la erección de esta valiza los siniestros marítimos se harán raros en este escollo; y que, merced al saber del hombre y su poderío, ha sido vencido, si con grandes contrariedades, con mucha gloria para los iniciadores del levantamiento de la torre-valiza de Lavezzi.

FERNANDO DE MAGALLANES.

Hacia veintiocho años que las Américas habían sido descubiertas, cuando erigió el ilustre navegante portugués Fernando de Magallanes que el mar del Sur debía comunicarse con el del Norte por el polo antártico. Propuso tal proyecto al rey de Portugal don Manuel, quien no escuchó semejante deseo, no comprendiendo su importancia.

Lleno de amargura abandonó su patria y vino á España.

Corría el año 1519; Carlos I comprendió perfectamente la grandiosidad de la idea de Magallanes, y ordenó se le facilitasen cuantos recursos necesitase para llevar á cabo su atrevida empresa.

El 10 de Agosto del citado año salió de Sevilla la escuadra encomendada á Fernando de Magallanes. Componíase la armada de cinco navios, denominados: *Trinidad*, *San Antonio*, *Concepcion*, *Victoria* y *Santiago*.

En el primero de los referidos buques se embarcó Magallanes; en el tercero desempeñaba el oficio de maestro el inmortal vizcaíno Juan Sebastian de Elcano.

La tripulación se componía de 237 hombres, racionados para dos años.

Á los cuatro meses de viaje llegaron los expedicionarios á la costa del Brasil, y alcanzaron poco después la bahía de San Julian, donde invernarón.

Como en toda gran empresa, hubieron de surgir grandes contrariedades en la que dirigía el ilustre hispano; pero comprendiendo desde luego el peligro que amenazaba á la expedición, cayó rápidamente sobre los revoltosos, y condenándolos á la última pena, hizo que se serenaran los ánimos, y por fin, el 1.º de Noviembre de 1520 descubrió Magallanes el paso que lleva su nombre.

Á los pocos días descubrió el archipiélago de San Lázaro, y seguidamente la isla de Mindanao, tomando posesion de las islas Filipinas, á nombre del emperador Carlos I de España y V de Alemania, el día de Pascua de Flores del año 1521.

Casi todos los habitantes de las citadas islas acogieron con afecto á Magallanes; sólo el cacique de la pequeña isla de Mactan, situada frente á Cebu, no

siguló la misma conducta y tuvo el atrevimiento de desafiar á Magallanes, y éste la debilidad de aceptar el reto.

Con cincuenta españoles escogidos, y con el agua hasta la cintura, acometió Magallanes á sus enemigos, siendo herido con una flecha y muriendo instantáneamente y con él seis españoles más.

Los restantes viendo inútil la resistencia por no poder hacer uso de las armas de fuego, concertaron y llevaron á efecto una diestra retirada.

Tal fué el desgraciado fin de Fernando de Magallanes, víctima de una imprudencia, ó mejor dicho, de una exagerada preocupación de su siglo.

El retrato que hoy ofrecemos á nuestros lectores está tomado del cuadro que se encuentra en la Casa-Ayuntamiento de Manila.

POR FALTA DE ORTOGRAFIA.

CUENTO DE NIÑOS.

PRÓLOGO.

Antes de comenzar la relación de este cuento, debo dar gracias por sus fecundos trabajos á Gutenberg y al doctor Fausto, á quien ni en el asilo del sepulcro han dejado en paz los enemigos de la luz. Si la imprenta no estuviera en uso, mi cuento (y digo mal, pues no es mío) carecería de moralidad. Está destinado á probar la necesidad de la ortografía. Cuando yo era niño (¡ay Dios, cuántos años hace!) me le contó mi maestro de escuela para aficionarme á esta parte del estudio de la gramática; pero produjo en mi alma tan poco fruto su enseñanza, que mis manuscritos, en cuanto á la parte material, pueden compararse con los de Cervantes. Si en manuscrito se leyera mi cuento como lo leerán los cajistas, todos dirían, pues, que era inútil; pero se leerá impreso, autografiado por el corrector de pruebas, y se podrá creer que su moralidad produce resultados. Benditos sean, repito, los inventores de la imprenta, que me salvan de este apuro.

Basta de proemio.

I.

Doña Pacífica Lálala, viuda de don Leon Botafuego, era una excelente señora, que, aunque baja de cuerpo, pesaba once arrobas y media, y tenía las tres hijas más feas y más desosadas de casarse que madre pobre ha tenido. Era la mayor Casimira, tan seca como un espárrago y tan amarilla como el pergamino de un libro viejo. Desde la punta del pie hasta la raíz del cuello tendría apenas una vara de estatura; pero desde la raíz del cuello hasta lo alto de la frente, bien tendría sus cinco cuartas. En sentido, la cara, del tamaño y corte de un tomate grande, á no ser porque no se encontraba en ella vestigio alguno de nariz ni mirándola con microscopio; á no ser porque la boca que la cortaba formando una onda de oreja á oreja ostentaba tras unos labios sin color unos dientes torcidos y

desiguales adornados con todos los colores del arco iris; á no ser porque la raíz del pelo empezaba precisamente donde concluirían las cejas, y á no ser porque los ojos, de color de ceniza, se escondían como lagartijas entre las piedras en unos agujeritos abiertos á punzon sobre los pómulos salientes, hubiera compensado con su belleza todas las faltas del cuerpo.

En punto á inteligencia ó instrucción no tuvo jamás igual. Cierto es que no sabía coser ni punto de media ni hacer una jicara de chocolate; pero sus adelantos literarios habían sido tales, que en ménos de doce años de constante aplicación había aprendido á leer casi de corrido y á medio escribir su nombre, por cuya razón su madre, que no recordaba otra ejemplo de semejante despejo en toda la larga historia de su familia, la miraba como la joya de la casa, y se extasiaba oyéndola hablar de ciencias filosóficas y políticas, que era su fuerte, sobre todo cuando exponía la moderna teoría de los que consideran las necesidades humanas como derechos, y piden al Estado que las satisfaga siempre.

—Si este sistema se adoptase—decía la niña— ¡cuánto mejor sería nuestra suerte! Casarse es una necesidad natural y una necesidad muy apremiante para nosotras. ¡Adoptado ese sistema, nos bastaría echar un memorial al gobierno para que se nos concediese un marido de Real orden, y no un marido como quiera, sino hecho de encargo y con todas las condiciones morales y físicas apetecibles en algun taller nacional, y no que ahora corremos tanto riesgo de morirnos de viejas y ser enterradas con palmo!

Y cuando esto suponía, su mamá y sus hermanitas la abrazaban suspirando y diciendo:

—¡Qué lástima que no seas hombre y no te hayas hecho ministro!

La segunda hija (Julia) no era tan gallarda ni tan despejada como su hermana; algo más chata, más larga de cuello y más corta de cuerpo, pareciase á ella como nuestra sombra se nos parece. Su lectura favorita era la escena de la comedia de Shakspeare titulada *Lo que acaba bien es bueno*, en que el gracioso habla á la dama contra la doncella; el tema constante de su conversacion era la inmortalidad que corría la sociedad de nuestro tiempo.

—Hay mujer—decía— que tiene seis amantes además de su marido; así, ya se ve,

no hallan otras un galán
por un ojo de la cara.

Lo justo sería que á todo hombre que cumpliera veinticinco años se le obligase á tomar seis mujeres, para que no quedase ninguna soltera.

La tercera (Rosa), aunque más fea y más necia que sus hermanas, se distinguía de todas ellas por ser la única que había tenido un novio. Un inglés, almirado de su fealdad, había pretendido casarse con ella en un museo de cosas raras; pero al día siguiente de pedirla por esposa, después de haberse bebido quince botellas de vino en una cena, sucumbió entre las torturas de una combustion espontánea, dejando maravillados á sus amigos, que decían:

—¡Qué cosa más extraordinaria! ¡Haber muerto de

esa enfermedad, precisamente cuando había abandonado el vicio de la bebida! No beber más que quince botellas de ron en una cena, era para él una prueba de decencia. En sus buenos tiempos eso no hubiera sido para él sino enjuagarse la boca para empezar á beber. ¡Dios le haya perdonado!

En cuanto á la parte moral, doña Pacífica era un alma de Dios, que comía por cuatro, dormía por seis, adoraba á sus hijas y no se enfadaba jamás. En cambio, sus hijas eran de genio tan discolor, que habiendo nacido y viviendo en la calle de las Serpes, los niños del barrio, predispuestos á ser acometidos por la peligrosa enfermedad que se llama eradicación, presumían que habrían sido las madrinas de la calle.

II.

Las hijas de doña Pacífica apenas dormían. Desde antes de amanecer hasta más de media noche hacían centinela en el balcón, esperando, con la proverbial cachaza de los pescadores de caña, que algún novio prendiese en el anzuelo de su hermanstra. Pero pasaba la primavera y se marchitaban sus flores sin que la de un requiebro fuese ofrecida á semejantes deidades; pasaba el verano con sus calores, y las tres mal-sulteras no podían encender una pasión.

Pasaba el otoño con sus frutos, y la esperanza de las tres niñas no daba fruto alguno, y cuando llegaba el tiempo en que los gatos mayan por los tejados, doña Pacífica, tosiendo, gritaba desde la cuna:

—Niñas, niñas, que ya es muy tarde, entrad y acostaos, no sea que os de una pulmonía;

Que el aire de Madrid
Mata á una persona
Y no mata un candil.

Peró las niñas contestaban echando chispas:

—Déjanos, mamá, que tenemos demasiado calor.

Un día (era martes, pero ¿quién cree en agüeros?) ocurrió un gran acontecimiento en casa de doña Pacífica. Un joven guapo y elegante amaneció como florido del cielo, en la esquina de la calle de las Serpes, acostando sus lentes á la susodicha casa.

—Ya ha caído una mosca en nuestra tela de araña —exclamaron al verle las tres jóvenes; y el convite á quien trae la lotería y el naufrago que gana la orilla, también envidiado su felicidad.

No había duda. El naufrago no apartaba los lentes del balcón, y se sonreía y hacía señitas á una; pero ¿á quien? Esta era la duda, y por no tenerla, cada de las hermanas se hubiera comido de muy buena gana á las otras dos.

Doña Pacífica, llamada á participar de la común alegría, dejólo prudentemente que las niñas se retirasen un momento del balcón y saliesen luego una á una, para ver á cual iban dirigidas las señitas.

Salió la mayor, y á los pocos momentos entró saltando y gritando loca de alegría:

—¡Es á mí, es á mí! Se ha sonreído y se ha llevado la mano al pecho, como diciéndome que yo reino en él.

Peró la segunda, que había salido con la más pequeña, al ver entrar á su hermana, apareció tan contenta como ella, diciendo:

—¡No es sino á mí, á quien se dirige; hablando con los dedos me ha dicho: «¡Yo te amo!»

Y la más pequeña se presentó detrás diciendo:

—No seas necias; á mí, por señas, me ha dicho: «Yo te adoro», y además me ha enviado un beso.

—¿Si estará enamorado de las tres? —dijo juiciosamente doña Pacífica. —Cuidado, niñas, que puede ser algún turco disfrazado, y en España no se permite á un hombre tomar tres mujeres.

—Nos iremos á Turquía —respondieron á una voz las tres niñas, que por casarse se hubieran ido al infierno.

Y doña Pacífica las abrazó diciendo:

—Quizá eso será lo mejor, porque así las tres os casaréis en un día, y entre aquellas gentes, que en vista del consumo excesivo que de ellas hacen, deben estar faltos de mujeres; ¿quién sabe si yo también encontraré un acomodo?

III.

El galán misterioso siguió acudiendo á la esquina de la calle, con la regularidad con que el sol acude al horizonte, por espacio de algunos días. Las tres niñas y la mamá procuraban en vano adivinar á quien ofrecía sus homenajes; las tres niñas los recibían por igual, y una mañana que la mamá estaba sola en el balcón, el galán la hizo unas señas de afecto tan expresivas que sublevaron su pudor y la obligaron á retirarse.

—Este hombre —llegó á pensar la mamá —no ama á una mujer, sino á toda la familia. ¡Á menos que no sea corto de vista y nos confunda á todas!

Una mañana se creyó resuelto el problema; pero lo que parecía su resolución sólo sirvió para aumentar las confusiones. Al abrir el balcón las hijas de doña Pacífica, encontraron en él una cartita en papel vitela, con su orlita floreada y un perro pacho por timbre, en la cual, en letra clara y digna de Iturbide, brillaba la siguiente décima, digna de Rabadau, bajo el epigrafe de «Á quien amo yo»:

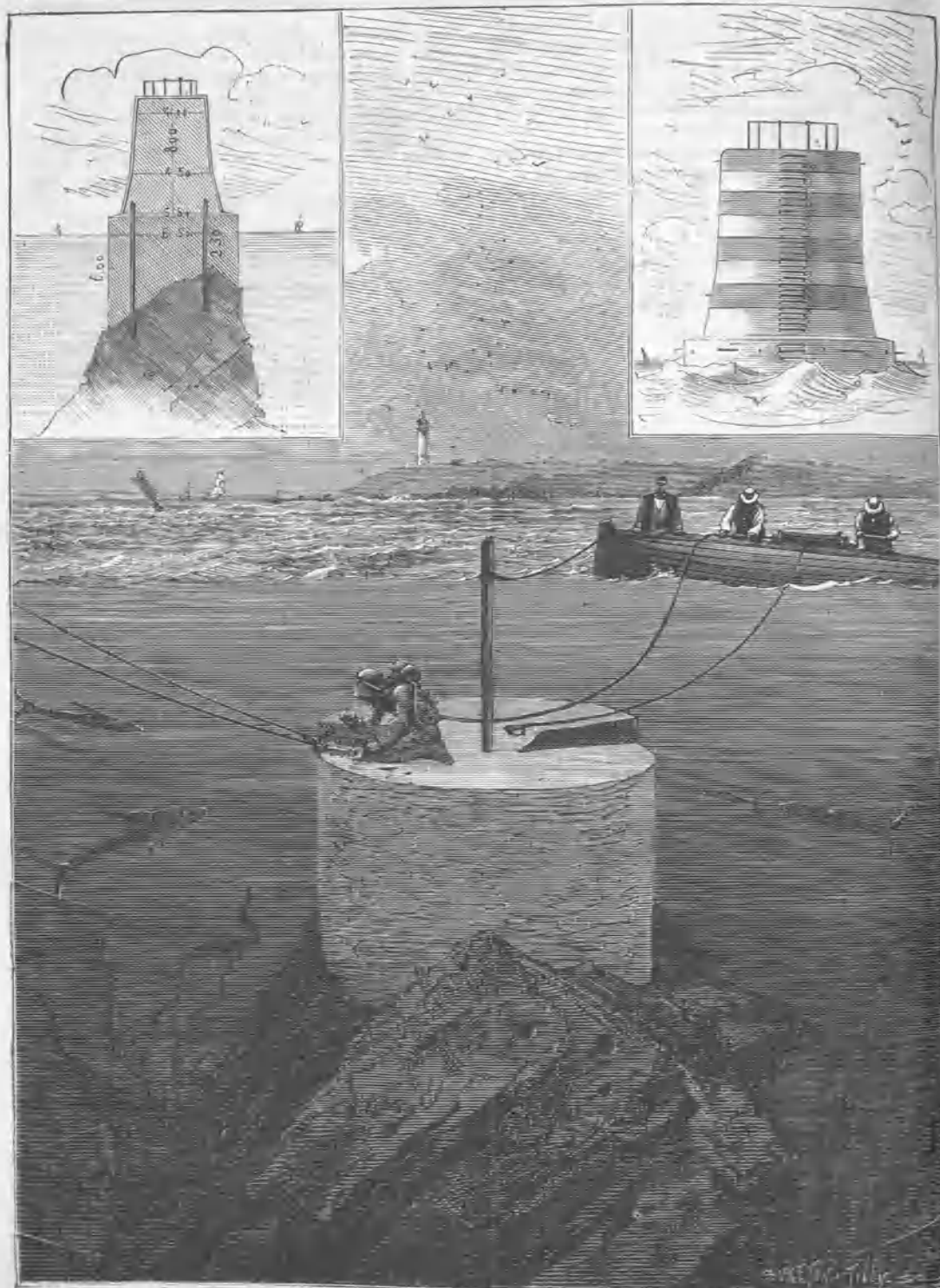
Es Casimira horrorosa
Julia es un rinoceronte
Y debe estar en un monte
También por lo fiero Rosa
Á tí quiero por esposa
Estrella del alma mía
Y pese á tu madre impia
Hoy te espero por la noche
En la esquina con un coche
Para casarnos. — Buendía.

Como se ve, en esta décima, los puntos y las comas brillaban por su ausencia. El autor había creído que no se necesitaban, por ser la carta de confianza; pero las curiosas muchachas tardaron poco en dejar de compartir su creencia.

Apénas había acabado doña Pacífica de leer, cuando las tres niñas exclamaron:

—¡Qué lindos versos! Bien decía yo que se dirigía á mí.

Y volviéndose cada una á sus dos hermanas, preguntó en seguida con estupefacción:



LA TORRE-VALIZA DE LAVEZZI.

—¿Cómo á vosotras?

—Claro está que habla conmigo—dijo Casimira;—
¿no lo veis? dice:

Es, Casimira, horrorosa
Julia; es un rinoceronte,
Y debe estar en un monte
Tambien por lo fiero Rosa;
Á ti quiero por esposa, etc.

—Á quien quiere por esposa es á mí, y á vosotras
os trata de una manera que os suplico le perdonais,
porque la pasión quita el conocimiento.

—Es verdad—dijo doña Pacífica.

—No hay tal—gritó Julia cogiendo el papel;—es
que no sabeis leer. La décima dice:

Es Casimira horrorosa,
Julia, es un rinoceronte
Y debe estar en un monte
Tambien por lo fiero Rosa.

—Á quien se dirige es á mí, y á vosotras os pone
como un trapo.

—Es verdad—replicó doña Pacífica.

—¿Cómo verdad?—chilló Rosa.—Eso se lee así:

Es Casimira horrorosa,
Julia es un rinoceronte
Y debe estar en un monte
Tambien por lo fiero Rosa
Á ti quiero por esposa.

—¿Veis como á quien quiere por esposa es úni-
camente á mí? ¿Veis como á vosotras os desdeña?

—Es verdad—dijo aún doña Pacífica.

Y mientras tanto, las tres niñas, sobre si era una
ó otra la preferida, empezaron una de arañazos y de
tirones de pelo, que ni en el Rastro, sin que por esto
se incomodase la mamá, que tranquilamente sentada
y tomando un polvo, murmuraba como quien reza el
rosario:

—Vamos, paz, paz, y no os hagais daño, que todo
se aclarará.

IV.

Aquella noche, en efecto, se aclaró todo. No siem-
pre la noche la de traer las sombras; la de aquel día
trajo la luz.

Serian apenas las diez, cuando un coche se detuvo
en la esquina de la calle de las Serpes, y un jó-
ven, el jóven consabido, sacó la cabeza por la ven-
tañilla.

Las tres hermanas se precipitaron á la portezuela,
gritando:

—¿No es verdad que es á mí á quien quieres
casar?

En tanto que la madre, apresurando el paso quan-
to su obesidad le permitia, las seguía diciendo:

—Esperad, esperad, niñas, y no os vayais sin mí,
que quiero que tambien me roben.

Pero en este momento otra mujer, cubierto el ros-
tro con un velo, atravesó por medio del grupo, pe-
netró en el carruaje, donde el desconocido la reci-
bió con los brazos abiertos, diciendo:

—; Estrella mía!

Y los caballos partieron al galope.

V.

Encima del cuarto de doña Pacífica, vivía otra
viuda con una hija muy hermosa, que se llamaba
Estrella. Á esta jóven amaba el desconocido, y ella
le correspondia; á ella iban dirigidas las señas que
Casimira, Julia y Rosa tomaban para sí; á ella iba
dirigido el billete, en que el galán satisfacía los celos
de su amada, que se habia alarmado al ver los
extremos de sus vecinas. Habiendo caído el papel en
el balcón de doña Pacífica, el galán no osó reclamar-
le, recordando las injurias que en él dirigia á las hi-
jas de esta señora, y escribió otro que llegó feliz-
mente á su destino.

Casimira, Julia y Rosa, al saber esto, compren-
dieron que la carta debía leerse de este modo:

Es Casimira horrorosa,
Julia es un rinoceronte,
Y debe estar en un monte
Tambien por lo fiero Rosa.
Á ti quiero por esposa,
Estrella, etc.

Y las tres muchachas decidieron no volver á tener
amores con quien no escribiese con la mayor correc-
ción ortográfica.

Lo malo fué que, segun la crónica, no debieron
encontrar quien escribiera con esa corrección, pues
las tres murieron solteras, hablando cada una de dos
ó tres docenas de novios que habian desdeñado y que
nadie pudo averiguar quienes fuesen.

CÁRLOS RUBIO.

ASI ERES TÚ.

Á LA SEÑORITA MARTA SANMARTÍ.

Una cara en que Dios ha derramado
De tal modo, á raudales, la belleza,
Que despues de mirarla, miro al cielo
Y nada bello en el mi vista encuentra.
Unos ojos de luz tan poderosa,
De miradas que tanto juego encierran,
Que los rayos del sol pierden la suya,
Y al fin se apagan, cuando el sol contemplas.
Una boca que al verla me parece
Pequeño estuche donde guardas perlas.
Una garganta en que lo blanco brilla
Á la nieve causando envidia y pena,
Y un alma más hermosa que tu rostro,
Tesoro inagotable de pureza
Que, junto á ti, se ve, y es que tu alma
A través de tus ojos se revela.
Así eres tú; por eso muchas veces
Al admirar en ti tan rara mezcla
De hermosura y bondad, candor y gracia;
Al ver como en tu frente se refleja
Algo que sólo en Dios existir puede,
Una duda se agita en mi cabeza:
¿Quién tanto encanto tiene y tanto vala
Es mujer, ó es un ángel, que terrana
Forma tomó para bajar del cielo,
Y así poder vivir en esta tierra?

FERNANDO PASCUAL.

¡QUIÉN FUERA MULA!

Era una hermosa mañana de primavera, un ómnibus de grandes dimensiones, tirado por seis brías mulas, conducía á varias familias descosas de pasar un día de campo.

Mientras el vehiculo rodaba por las calles de Madrid todo iba bien; pero á poco de salir empezó á dar saltos y más saltos, á causa del mal piso que, segun es notorio, hay en los BELLOS alrededores de Madrid. Á cada salto, las mujeres, de miedo, chillaban; una sola permanecía silenciosa, no por falta, sino por sobra de miedo.

De pronto el coche dió un gran salto y la citada jóven exclamó:

— ¡Quién fuera mula!

— ¿Por qué? — le preguntó uno de los que le acompañaban.

— Porque así no tendría miedo de volcar.

MEJÍA.



FERNANDO DE MAGALLANÉS.

¡SE AGUÓ LA FIESTA!

(CUADRO DE D. ENRIQUE MELIDA.)

En este número publicamos una copia del excelente cuadro de D. Enrique Melida, el cual fué premiado en la Exposición artística de Madrid en 1876. Este cuadro, cuyo dibujo es bueno y brillante el colorido, fué agraciado con un segundo premio y adquirido por el Ministerio de Fomento.

El asunto, como verá el lector, es la aparición de un toro en las inmediaciones del sitio donde algunas gentes alegres celebran al aire libre una merienda: un soldado aparece de pát y mira apoceloso al bicho; las damas se asustan, y una cae desmayada en brazos de su vecina; dos majos participan del miedo de sus compañeros, y otro, que no se la aperebido todavía de la causa que motiva el asombro general, acaricia el pitorro de una bota de vino.

Solucion al jergolífico del número anterior.

La bolsa está vacía y baja más cada día.

CHARADA.

Al llegar la primavera
La prima unida á la dos,
Prima tercera con cuarta
Debajo de tu balcon
Con esto, con el aroma
Y el perfume de la flor
La toda esti de tu casa
Que es una gloria de Jíros.

La solucion en el número próximo.

SUMARIO.

GRABADOS.— ¡Se aguó la fiesta! — La Torre-Valdeca.— Fernando de Magallanes.— Varios dibujos pertenecientes á las novelas.
TEXTO.— Keraban el Testarudo, por Julio Vaine.— El Tigre blanco, Luis Boussebard.— Sin familia, Hector Malot.— Ingleses y espafíoles en el Polo Sur, Moreno Fuentes.— La Torre-Valdeca.— Fernando de Magallanes.— Por falta de ortografía, por Carlos Rubio.— Así eres tú, por Fernando Pascual.— ¡Quién fuera mula, por Mejía.— ¡Se aguó la fiesta! — Solucion al jergolífico.— Charada.

MADRID, 1884.— Est. Tip. de los Sucesores de Rivadeneira.
IMPRESORES DE LA REAL CASA.